

Nuestra Bandera

REVISTA DE EDUCACION IDEOLOGICA DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPANA

SUMARIO

DOLORES IBARRURI

BREVES CONSIDERACIONES SOBRE LA POLITICA DEL PARTIDO.

SANTIAGO CARRILLO

SOBRE UNA SINGULARIDAD DE LA REVOLUCION CHINA: LA ALIANZA DE LOS CAPITALISTAS NACIONALES CON EL PROLETARIADO.

IGNACIO GALLEGO

EL DESARROLLO DEL PARTIDO DESPUES DEL PLENO DEL COMITE CENTRAL.

JUAN DIZ

NUESTRA TACTICA A LA LUZ DE CIERTAS ENSEÑANZAS DE LENIN.

A. BELIAKOV

LOS PRINCIPIOS DEL INTERNACIONALISMO PROLETARIO EN LAS RELACIONES ENTRE LOS PAISES SOCIALISTAS.

Nº 16

MADRID, mayo de 1957.

Precio: 3 pesetas

LA REVISTA DE EDUCACION DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA
Nº 10

REVISTA DE EDUCACION DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

NUMERO

DOLORES IBARRURI
BREVES CONSIDERACIONES SOBRE LA POLITICA DEL
PARTIDO

SANTAGO CARRERO
SOBRE UNA SINGULARIDAD DE LA REVOLUCION
CHINA LA ALIANZA DE LAS CLASES LABORALES Y EL
VALLE CON EL PROLETARIADO

IGNACIO GALLEGO
EL DESARROLLO DEL PARTIDO DESPUES DEL PLENO
DEL COMITE CENTRAL

JUAN DIEZ
NUESTRA TACTICA A LA LUZ DE CIERTAS ENSEÑAN-
ZAS DE LENIN

A. BELAROVA
LOS PRINCIPIOS DEL INTERNACIONALISMO PROLE-
TARIO EN LAS RELACIONES ENTRE LOS PAISES
SOCIALISTAS

PRECIO: 3 pesetas
MADRID, mayo de 1957

BREVES CONSIDERACIONES SOBRE LA POLITICA DEL PARTIDO

El texto que ofrecemos a continuación es lo esencial de una intervención hecha por la camarada **DOLORES IBARRURI**, el 9 de febrero de este año, en una reunión de comunistas emigrados. El título es de « Nuestra Bandera ».

Esta fraternal reunión de comunistas españoles en el exilio en cuyos pensamientos hay permanentemente un nombre: España, y una esperanza viva y una ilusión, la del pronto retorno a la patria liberada, yo no voy a pronunciar un discurso, sino a hacer unas breves consideraciones sobre cuestiones actuales de la lucha y de la política del Partido.

Y si en estas consideraciones no encontráis novedad, porque son algo que vosotros mismos pensáis, tendrán, por lo menos, la virtud de la reiteración de nuestra fidelidad inquebrantable a los principios del marxismo-leninismo; de nuestra solidaridad para con la Unión Soviética y del reconocimiento sin reservas de su papel decisivo, ayer y hoy, en los avances de la humanidad hacia el Socialismo.

Hace un año que en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, al mismo tiempo que se hacían nuevos planteamientos teóricos, particularmente sobre las distintas formas de la lucha por el Socialismo, se hacía también una severa revisión crítica de todo un período del pasado, en cuya revisión, sin olvidar los grandes éxitos obtenidos, se mostraba al mismo tiempo y a la luz de una realidad descarnada, errores y debilidades que, aun no impidiendo en lo fundamental y decisivo los avances socialistas de la Unión Soviética, constituían, sin embargo, un pesado lastre en el avance hacia la nueva vida y una desfiguración de los principios humanistas del socialismo. A la luz de las experiencias del XX Congreso del Partido Comunista

de la Unión Soviética, cada Partido Comunista ha hecho examen crítico de sus métodos de trabajo, de su política, y se ha esforzado en corregir todo aquello que aparecía como no correspondiendo a lo que debe ser un verdadero Partido Comunista inspirado en el marxismo leninismo.

También nosotros, comunistas españoles, hemos hecho este examen crítico de nuestras actividades, de nuestros métodos, de nuestra política. Y han sido corregidos viciosos métodos de trabajo, existentes en el Partido casi desde su fundación y que, en cierta manera, deformaban el carácter del Partido, haciéndole un tanto estrecho y sectario, restringiendo la activa participación de sus miembros en la elaboración de su línea política, y dando lugar a la proliferación de una clase especial de caciques que asumían sobre sí toda clase de tareas que sólo pueden resolverse con la participación activa de todas las organizaciones del Partido.

*
**

SE ha examinado la política del Partido, y se ha modificado, adaptándola a la nueva situación, nuestra política de Frente Nacional Antifranquista que en la práctica visaba solamente a las

fuerzas democráticas de la emigración, reduciendo por tanto nuestro campo de acción, sobre todo en relación con las fuerzas políticas que actúan ya en el interior del país y ante las cuales no podemos permanecer indiferentes ni menospreciativos.

Aprendiendo de Lenin, nos orientamos, en la lucha contra el actual régimen, a establecer alianzas y compromisos incluso con fuerzas que son nuestras antípodas, y aunque nuestros aliados sean inestables, vacilantes y poco seguros.

Lo fundamental para nosotros es no perder de vista el objetivo final; saber adónde vamos y en qué medida podemos contar con esos aliados, no olvidando que ni la política de Frente Nacional ni la política de reconciliación nacional eliminan la lucha de clases. Y que los que hoy son o pueden ser nuestros aliados en la lucha contra el franquismo, no dejan por ello de ser nuestros adversarios políticos, cuyos intereses son distintos a los que nosotros defendemos.

Esto no quiere decir que los comunistas veamos la posibilidad de alianzas sólo como una maniobra temporal, efímera, y que queramos servirnos de nuestros aliados para conseguir nuestros fines, dejando

después en la estacada a los que han sido o pueden ser nuestros compañeros de camino en la lucha por la democratización de nuestro país.

El mantenimiento de las alianzas que puedan establecerse en la lucha contra el franquismo, puede ser prolongado más allá de esta etapa; pero esto ya no dependerá sólo de nosotros, sino de la disposición de otras fuerzas a llevar hacia adelante la democratización de nuestro país.

Por otro lado, la cuestión de las alianzas y de los compromisos no debe mirarse solamente desde el punto de vista de un compromiso escrito.

Nuestra política de reconciliación nacional no tiende exclusivamente a esto, aunque no renunciamos a ello allá donde sea posible en la escala local o nacional, a firmar compromisos con otras fuerzas.

Nuestra política tiende a llevar a la conciencia de los españoles, especialmente a la conciencia de los españoles que, por su origen social, por sus ideas políticas o religiosas, discrepan de nuestros puntos de vista, el convencimiento de la posibilidad de la convivencia civil, y de la necesidad de terminar con el espíritu de cruzada y de guerra civil alimentado por el franquismo, que se sirve de la división de los españoles para mantenerse en el Poder.

Nuestra política de reconciliación nacional, excluye por nuestra parte la idea del desquite o de la segunda vuelta, como se decía comúnmente entre nosotros, porque el mantenimiento de esta idea sería la perpetuación del espíritu de venganza; y los comunistas no hacemos una política basada en sentimientos y en pasiones, sino una política de principios.

**

DE la justeza de esta política de reconciliación nacional, del eco que esta política ha hallado en el interior de España, habla el hecho, comprobable por cualquiera, de que en los propios periódicos del régimen se han visto obligados a plantear esta cuestión de una u otra manera.

Habla el documento de los jóvenes estudiantes de Valladolid dirigido a las autoridades en nombre de los hijos de los vencedores y de los vencidos; y habla, fundamentalmente, el reciente boicot a los tranvías de Barcelona y el aun más reciente de Madrid.

Por primera vez en la lucha de las masas contra el régimen, han aparecido fundidas diversas capas y grupos sociales de una forma organizada.

A las barriadas obreras alejadas de las fábricas, iban en Barcelona los estudiantes, hijos de burgueses, a llevar a los trabajadores en sus coches y en sus motos a los lugares de trabajo, para hacerles menos penosa la protesta contra el alza del precio de las tarifas de los tranvías; y numerosos patronos querían poner a disposición de los obreros sus camiones y otros daban días de asueto a sus obreros.

Existe, pues, una base real para la política de reconciliación preconizada por el Partido Comunista de España.

Esto ha sido reafirmado en el boicot de ayer y anteayer al transporte madrileño.

Yo quiero llamar vuestra atención sobre este boicot, porque él tiene una enorme importancia para valorizar y comprender la maduración de la situación en España, la amplitud de las fuerzas de oposición y la influencia de nuestro Partido entre las masas.

El boicot de Barcelona fué precedido de una intensa campaña de agitación contra el aumento del precio de las tarifas del transporte, en cuya campaña participaron activamente nuestros camaradas del Partido Socialista Unificado en las fábricas y en la Universidad de Barcelona.

Y el boicot se produjo con impresionante unanimidad, a pesar de los esfuerzos de las autoridades y de la prensa para impedirlo o hacerlo fracasar una vez iniciado, denunciando machaconamente que el boicot era obra de los comunistas.

Es verdad que en la preparación del boicot han intervenido activamente nuestros camaradas catalanes, pero no es menos verdad que en ese boicot ha participado activamente toda la población barcelonesa, todas las fuerzas de oposición que actúan en la capital de Cataluña.

El boicot de Madrid, más difícil de organizar por las propias características de la capital de España, ha sido, sin embargo, organizado por nuestro Partido de acuerdo con las fuerzas liberales, en un brevísimo espacio de tiempo. En la organización de este boicot, que ha golpeado al franquismo en pleno corazón, RADIO ESPAÑA INDEPENDIENTE ha actuado como portavoz de las fuerzas de oposición antifranquista. Y su voz ha sido escuchada y secundada por la población madrileña.

Estos boicots, nuevas formas de lucha de masas en las condiciones de un régimen fascista, han sido un plebiscito popular y nacional

contra el régimen y la expresión de la hostilidad del pueblo al franquismo.

Y no hay duda de que estas acciones han de tener su reflejo en el aceleramiento de la actividad de las fuerzas de oposición y en la agudización de la crisis del régimen, cada día más evidente.

Entre las conclusiones que nosotros, comunistas, debemos sacar de estas luchas, y que tienen valor para hoy y para mañana, existen dos de primera importancia: La necesidad del trabajo de masas de los comunistas y la unidad del Partido.

Durante un largo período, el Partido luchó solo contra el franquismo, resistiéndose a actuar en las organizaciones franquistas por considerar que allá nada se podía hacer. Esto fué un error izquierdista nuestro. Sufrimos duros golpes, nuestros camaradas derrocharon heroísmo; pero los resultados, siendo grandes, no correspondían al esfuerzo realizado.

Cuando el Partido cambió de táctica y comenzamos a aprovechar todas las posibilidades legales que existían, aunque fueran mínimas, los resultados se vieron inmediatamente. Los obreros, que estaban deseosos de orientación, comenzaron a actuar y la lucha contra el régimen tomó inmediatamente un carácter de masas.

Esta es, pues, repito, la primera conclusión: La necesidad para los comunistas de ligarse a las masas; de fundirse con ellas; de saber, en cada momento, cuáles son las formas de lucha susceptibles de ser empleadas y aplicadas por las masas, sin atenernos a los viejos patrones establecidos; de aprovechar cualquier posibilidad, no renunciando a ningún método de lucha y esforzándonos por tener aliados, aunque éstos sean inestables, inseguros, vacilantes y temporales.

La segunda conclusión es la necesidad de la unidad del Partido y del reforzamiento de nuestras filas, ya que sólo un Partido fuerte y unido estará en condiciones de dirigir la lucha por la democratización de nuestro país.

En la práctica de la lucha diaria, estamos comprobando cómo las fuerzas que de una u otra forma actúan en la oposición al franquismo en el interior del país, están dispuestas a marchar con nosotros en la lucha, en la medida en que nos saben fuertes.

Al establecerse los primeros contactos con los dirigentes de las

fuerzas de oposición liberales, éstos se mostraban reacios y no muy dispuestos a actuar, esperando que el derrumbamiento del régimen se produjese por sí mismo. En la medida en que han ido conociendo nuestra fuerza y nuestra influencia entre las masas, su actitud cambia y aparece en ellos la voluntad de luchar y de luchar junto a nosotros, como en el boicot de Madrid.

En la preparación del boicot del transporte en Madrid, las fuerzas liberales, que han sentido la sacudida de Cataluña, han hecho un llamamiento de boicot a la prensa franquista, prólogo al boicot al transporte, que se ha producido (este último) en la fecha y plazos indicados, hecho que muestra, como he señalado anteriormente, la madurez de la situación y la entrada en una nueva fase de la lucha contra el régimen.

Naturalmente, nosotros no debemos engañarnos en la apreciación de la consecuencia antifranquista de las fuerzas de oposición de derecha, ni de su disposición a marchar con nosotros de manera consecuente.

Y no nos engañamos porque, reitero, la política de reconciliación nacional no excluye la lucha de clases. Y ganada la batalla al franquismo, y aun en el transcurso de ésta, la lucha de clases se hará más aguda. Y cada una de las fuerzas en presencia, a medida que las circunstancias cambien, tratará de defender sus intereses de clase, tratará de desviar la lucha a su favor.

Es comprensible, y ello entra en su propia naturaleza, que las fuerzas de derecha no quieran avanzar demasiado rápidamente en la democratización de España, mientras que la clase obrera, por el contrario, está interesada en que se produzcan profundos cambios políticos democráticos que beneficien a la mayoría del país, que permitan el desarrollo y actuación de las fuerzas democráticas.

Por ello, para no equivocarnos y no decepcionarnos en la apreciación de los acontecimientos, debemos abordar de una manera clasista la acción de éstos o de aquellos grupos, la esencia de los puntos de vista de ésta o aquella agrupación política.

No olvidando que la actividad de las fuerzas de oposición de derechas está determinada, en primer lugar, por el sentimiento de que la continuidad del franquismo puede llevar a un estallido revolucionario de las masas, que barra no sólo al régimen político actual, sino al régimen social en que se sustenta: es decir, al capitalismo. Y ellas no están interesadas en que el capitalismo desaparezca.

Ellas están en contra del franquismo y desean un cambio político

moderado, que se exprese en el restablecimiento de algunas libertades, con el propósito de frenar el movimiento de las masas.

Nosotros deseamos la liquidación del actual régimen para terminar con la miseria de las masas, con la arbitrariedad policíaca, con la falta de libertad y para facilitar el desarrollo progresivo democrático de nuestro país.

Coincidimos con las fuerzas de derecha en la necesidad de terminar con el franquismo; no coincidimos en los propósitos, porque ellos desean cambios mínimos y nosotros deseamos cambios profundos.

Pero en lo que coincidimos, marchamos juntos con ellos, y golpeamos juntos, como en los recientes boicots.

Nuestra disposición es marchar junto a todas las fuerzas de oposición, aun para la consecución de objetivos mínimos. Y apoyaremos toda acción tendente a cambiar o modificar la actual situación, aunque no se logre de momento todo lo que nosotros deseamos, considerando que, en la actual situación, cualquier cambio político en España tiene una importancia de primer orden en la creación del clima político necesario para abordar la realización de cambios más profundos, en los que la actuación de las masas ha de jugar un papel decisivo.

**

DE ahí la necesidad imperiosa de reforzar el Partido, de mantener su unidad interna, frente a toda clase de asechanzas de fuera y de dentro, para que el Partido esté en condiciones de dirigir hasta el fin la lucha por la democracia y el socialismo.

Si este reforzamiento ha sido siempre necesario, hoy, cuando se acercan jornadas decisivas, lo es más que nunca.

Y lo es, porque en la lucha contra el régimen franquista chocamos no sólo con la resistencia de las castas entronizadas en el poder, sino con las fuerzas del imperialismo, interesadas en debilitar, en disgregar el movimiento comunista.

En los planes de agresión y de guerra de los círculos dirigentes de las fuerzas imperialistas, la lucha contra el comunismo, la lucha contra el campo del socialismo, está en el primer plano de sus actividades.

Los sangrientos acontecimientos de Hungría son una trágica demostración de esto.

Los imperialistas no ignoran que la unidad del campo socialista,

que la unidad del movimiento comunista internacional, es el valladar que se opone a su política de expansión y de guerra, de opresión y de sojuzgamiento de pueblos, y quieren destruir esta barrera que se levanta en su camino.

Y esto es necesario no olvidarlo en ningún momento de nuestra lucha, ya que los imperialistas y sus agentes de toda laya, contando con la gran fuerza atractiva del socialismo entre las masas, llevan la lucha no sólo abierta y brutalmente, con una propaganda anti-comunista soez y grosera, sino también cubriéndose con las banderas del progreso, de la libertad, de la democracia y del socialismo.

Y si, frente a tales métodos de lucha, no nos guiamos por nuestra conciencia de clase y por los principios revolucionarios del marxismo-leninismo, es fácil ser confundido por una propaganda pérfida que agita con habilidad consignas de libertad, mientras se prepara la guerra y la agresión a los pueblos.

Crecen y se consolidan las fuerzas del socialismo en el mundo. Pero no crecen sin lucha, y esto lo comprobamos cada día.

Crece lo nuevo, en lucha con lo viejo que no se resigna a desaparecer, que se empeña en mantenerse en sus viejas posiciones.

**

Y O sé que en cada uno de vosotros hay, a flor de labios, esta pregunta: ¿Cuándo volvemos a España?

Muchas veces, llevados de nuestro deseo, hemos hecho vaticinios que la realidad se encargaba de desmentir.

Yo creo que ahora estamos en condiciones de afirmar que la vuelta a España no puede tardar.

Pero, sea cuando sea, una cosa debe estar siempre presente en nuestro pensamiento y en nuestra conciencia de comunistas: La necesidad de superar nuestras debilidades, ampliar nuestros conocimientos políticos, asimilar las experiencias de la lucha de otros países y de otros partidos, y reforzar la unidad de nuestras filas, para estar en condiciones de hacer jugar a nuestro Partido el papel que le corresponde en la lucha por la transformación democrática de nuestro país, en la lucha por el Socialismo.

Sobre una singularidad de la revolución china : la alianza de los capitalistas nacionales con el proletariado

EL 1 de julio de 1921, en estrecha habitación de una casa situada en la entonces **concesión francesa** de Changai, doce delegados —ni uno más ni uno menos—, entre los cuales Mao Tse Tung, celebraban el primer Congreso del Partido Comunista de China. Treinta y cinco años más tarde, en septiembre de 1956 y en Pekín, sede tradicional de la capitalidad y hoy residencia del Gobierno Popular, Mao Tse Tung inauguraba solemnemente el 8º Congreso, en la sala donde se reúne de ordinario la Asamblea del pueblo. En un espacio de tiempo históricamente corto el Partido Comunista ha pasado de ser un puñado de revolucionarios a dirigir un país de seiscientos millones de habitantes, el más poblado del planeta. Se explica que en el campo imperialista haya quienes todavía no han sido capaces de digerir tan fabulosa transformación.

En 1921 China estaba ocupada por ocho potencias que poseían las famosas **concesiones** (1), donde cada una de ellas había instalado sus oficinas comerciales, su tropa y su policía y aplicaba su propia ley. Las clases explotadoras del país, los feudales y la burguesía burocrática y compradora (2), se

(1) Las « concesiones » eran zonas (situadas en algunas de las grandes ciudades de China) sometidas a la dominación de ciertas potencias imperialistas. En dicha zona, la potencia imperialista disponía de su policía, de sus tropas, ejercía su administración, aplicaba sus leyes, etc. Esas « concesiones » escapaban pues a la jurisdicción del Estado chino y constituían una expresión abierta de la dominación imperialista sobre la antigua China.

(2) En el Manual de Economía Política editado por la Academia de Ciencias de la U.R.S.S. (pág. 252 de la segunda edición española) se define a la burguesía compradora como la intermediaria entre los monopolios extranjeros y los mercados coloniales de venta y de materias primas. Cuando esta burguesía está además entrelazada con el aparato del Estado y sus organizaciones económicas toman la forma de organizaciones estatales, entonces tenemos la burguesía compradora y burocrática. (Notas de la redacción de NUESTRA BANDERA.)

hallaban divididos en diversos clanes militares que guerreaban entre sí, apoyados en unas u otras potencias ocupantes. El pueblo penaba bajo la doble opresión extranjera y de feudales y compradores, que constituían un enorme obstáculo al desarrollo nacional de China y combatían a sangre y fuego el movimiento de liberación.

En pocos años el pueblo chino ha realizado un salto prodigioso: las tropas extranjeras han evacuado el territorio nacional continental y con ellas han partido los representantes de las compañías imperialistas; el poder de los feudales, de la burguesía compradora ha pasado a la historia. En su lugar se levanta un Estado que, en lo esencial, ha realizado la transformación socialista de la propiedad privada y que en veinte años convertirá la China atrasada y feudal en un país moderno e industrialmente avanzado. El progreso que esto representa no sólo en la historia del pueblo chino, sino en la vida de la Humanidad, es difícilmente abarcable por la imaginación. La posibilidad de conocer tan magna experiencia, de ver personalmente los cambios que se están produciendo, nos fué dado por los camaradas chinos, con ocasión del 8º Congreso del Partido, a una delegación fraternal del Partido Comunista de España que encabezaba Dolores Ibárruri.

I

EL VIII Congreso y los viajes y reuniones celebrados en esa ocasión fueron una valiosa escuela para nosotros. Vimos todo: lo hermoso y lo que todavía es feo; lo nuevo y lo viejo. Vimos, sobre todo, un pueblo extraordinario, un pueblo joven a pesar de su historia y su civilización milenarias, unido en torno al régimen de democracia popular y al Partido Comunista, poseedor de incalculables fuerzas y energías.

Desde la tribuna del Congreso hablaron los representantes de las provincias del noreste, que, beneficiarias de la ayuda que la Unión Soviética presta a la nueva China, poseen una gran industria moderna, y delegados de minorías nacionales que están pasando del régimen del comunismo primitivo, de la sociedad esclavista, al Socialismo. Escuchando a unos y otros hablar sobre su vida anterior a la Revolución: una veía desfilar ante sí, como en un caleidoscopio, la vida increíblemente penosa de los cientos de millones de seres que habitaban los pueblos coloniales y se representaba nítidamente el

inmenso océano de sangre, miseria y explotación sobre el que se ha levantado la « civilización » del capitalismo en los países imperialistas, penalidades que gran parte de los habitantes de estos países ni siquiera imaginan.

El ejemplo que ofrece la nueva China Popular, incorporándose desde el fondo de un atraso milenarío hasta las cumbres de la civilización más elevada, el Socialismo, es uno de los elementos determinantes de la orientación de la Humanidad en esta hora. ¡Lástima que no sea posible en las actuales circunstancias en que vive nuestro país y nuestro Partido llevar toda la amplia experiencia china al conocimiento público, y que nuestros medios de expresión sean tan reducidos a consecuencia de la clandestinidad!

Ante la imposibilidad de abordar en este artículo la diversidad de cuestiones tratadas por el VIII Congreso, detendremos nuestra atención en un aspecto de la Revolución China, que constituye su singularidad más marcada.

Pero antes séanos permitidas algunas consideraciones previas. En los países del Occidente capitalista no ha faltado cierta especulación interesada sobre los rasgos originales de la Revolución China, tratando de hacer de ellos un arma contra la Unión Soviética y la unidad del campo socialista y contra la ideología del marxismo-leninismo en general. Algunos periodistas y críticos burgueses han tratado de rodear la Revolución China de un halo de **misterio asiático**, presentándola como el fruto casi híbrido del encuentro entre la filosofía tradicional china y el marxismo-leninismo; profetizando la eliminación, en definitiva, del marxismo-leninismo y el triunfo de la milenaria tradición sobre las novedades « extrañas ».

En otros casos, la Revolución China ha sido presentada como una revolución **más liberal, más humana** que la gran Revolución Socialista de Octubre; que tiene mayor cuenta de las **libertades individuales**.

Sin embargo la Revolución China es la continuación de la Revolución Socialista de Octubre; es obra de la aplicación de los principios del marxismo-leninismo a las condiciones históricas concretas de China, obra llevada a cabo por un Partido Comunista que ha sido capaz de aprovechar la experiencia del P.C.U.S. como ningún otro, convirtiéndose en el dirigente de todo el pueblo a través de titánica lucha. El régimen democrático popular existente en China es una forma de la dictadura del proletariado.

Al triunfar el Gobierno Popular, en 1949, fueron confiscadas las empresas del capital burocrático, que controlaba las posiciones claves de la economía china, así como las fir-

mas japonesas, alemanas e italianas. La transformación de estas empresas en propiedad de todo el pueblo permitió al sector socialista desempeñar un papel determinante en la economía nacional. Partiendo de esta base, el Estado desarrolló considerablemente la industria socialista; centralizó las actividades bancarias, las transacciones de oro y divisas extranjeras; estableció el control del comercio exterior; ha organizado un potente comercio de Estado y cooperativo en escala nacional.

En el curso del primer plan quinquenal, en la segunda mitad del año 1955 y la primera mitad de 1956, precisamente, tuvo lugar un potente auge socialista en el país. Se realizó en lo esencial la colectivización en el campo y se agruparon en cooperativas de producción más del 90 % de los productores artesanales, que en China constituyen una capa numerosísima.

El comercio individual se ha transformado también en comercio cooperativo. Los vendedores ambulantes, numerosísimos, siguen actuando, pero ya como comisionarios del comercio estatal.

La industria propiedad del capitalismo nacional, que había sido respetada por la Revolución, ha pasado a convertirse en propiedad mixta, particular y estatal. El capitalismo de Estado constituye así una forma de transición hacia el Socialismo. Los elementos de la burguesía nacional, a través de este proceso, están transformándose de explotadores, en trabajadores.

Todas estas transformaciones se han producido por un proceso de convencimiento, de persuasión, de aceptación voluntaria de los interesados, sin medidas de imposición ni violencias. Simultáneamente el Gobierno Popular ha saneado las finanzas nacionales, que como consecuencia de largos años de ocupación imperialista, de numerosas guerras civiles y extranjeras, y de la acción de Gobiernos incapaces y corrompidos, particularmente el de Chang Kai Chek, habían llegado antes de la victoria de la Revolución a una situación catastrófica. Se ha edificado un nuevo Estado, que ha logrado unificar a todos los pueblos de la inmensa China, dentro del respeto a su diversidad nacional.

El nivel de vida del pueblo chino se ha elevado considerablemente. Pasaron a la historia las epidemias de hambre, durante las cuales morían las gentes por millares. La higiene y la sanidad han hecho progresos asombrosos. En China, otrora país sucio, infectado por moscas, mosquitos y otras plagas que transmitían todo género de enfermedades, es hoy —y hemos estado en el norte, el centro y el sur del país— sumamente difícil encontrar una mosca, ni para muestra, y los mos-

quiteros son un lujo innecesario porque no hay mosquitos. Los organismos de sanidad han interesado al pueblo entero en la destrucción de estas plagas, que han desaparecido.

Los progresos llevados a cabo en la labor cultural y de educación son enormes. En 1949 el número de niños que asistían a las escuelas primarias alcanzaba a veinticuatro millones; en 1956 ese número subió a cerca de cincuenta y ocho millones. Los alumnos de la enseñanza secundaria eran entonces un millón doscientos mil; hoy han pasado a ser cinco millones ochocientos mil. Los alumnos de la enseñanza superior que sumaban en aquella fecha ciento dieciséis mil han pasado a ser hoy trescientos ochenta mil. Estas cifras en un país tan atrasado y de tan bajo standard de vida como era China son sencillamente fabulosas, para logradas en tan escaso espacio de tiempo.

Los camaradas chinos atribuyen sus éxitos a la justa aplicación de los principios del marxismo-leninismo; a la utilización de la rica experiencia soviética; a la ayuda de la Unión Soviética y de las democracias populares. Esta actitud es propia no sólo a los altos dirigentes del Partido y del Estado, sino también a los cuadros más modestos de las provincias, de las fábricas, de las cooperativas; a los simples militantes.

Los camaradas chinos tienen un elevado concepto del internacionalismo proletario; lo han demostrado a lo largo de toda su historia. En nuestra visita por el vasto país encontramos constantemente testimonios emocionantes de la solidaridad y la estima que hay en China hacia el pueblo español. En numerosos encuentros fraternales, los camaradas chinos nos rodeaban y cantaban espontáneamente una hermosa canción titulada « La defensa de Madrid » compuesta y cantada por ellos en los años del 36 al 40; con ella en los labios fueron muchas veces al ataque contra los invasores japoneses. La camarada Dolores Ibárruri es una figura extraordinariamente popular y querida entre el pueblo chino.

Este alto concepto del internacionalismo proletario se mezcla con el carácter hospitalario, acogedor, amistoso del pueblo chino. De todos los camaradas con los cuales hemos tenido trato durante esta inolvidable visita nos hemos despedido conservando un sentimiento profundo de amistad y de camaradería.

II

QUIZA el rasgo más original de la Revolución Socialista China lo constituye el hecho de que como aliado del proletariado, al lado de las masas campesinas y la pequeña burguesía urbana, se encuentre también la burguesía nacional. Esta constituye una de las aportaciones de los camaradas chinos a la experiencia revolucionaria mundial, digna de ser estudiada.

¿Cómo explicarse la participación de estos capitalistas en la liquidación de la burguesía como clase, en la realización del Socialismo? ¿Cuál es el origen de este fenómeno, que visto así, superficialmente, aparece a los ojos de los obreros del Occidente como algo milagroso y casi increíble?

Un rápido golpe de vista al desarrollo de la burguesía nacional china facilita la respuesta. La burguesía nacional china ha padecido mucho bajo la dominación extranjera y bajo el Gobierno del Kuomintang, que actuaba como un instrumento del imperialismo y del capital burocrático.

En esas condiciones la burguesía nacional encontraba enormes obstáculos para desarrollarse y hasta para existir. El enorme peso del feudalismo impedía el desarrollo del mercado, sin el cual es inconcebible el desarrollo capitalista. Y en el reducido mercado, los imperialistas hacían una fácil competencia a la industria nacional, empujándola a la ruina, y obligándola a cederles aquellas empresas que podían interesarles. A su vez el capitalismo burocrático crecía no sólo a expensas del pueblo, sino también de los capitalistas nacionales, una parte de cuyos beneficios, y a veces de sus capitales, pasaba, por diversos canales —los impuestos, el cohecho, las presiones oficiales y otras combinaciones— a alimentar las arcas sin fondo de las cuatro familias que formaban la oligarquía burocrática.

En Changhai tuvimos ocasión de conversar con Yan Sao Cheng, propietario de una importante fábrica de caucho. Se trata de un capitalista que en 1955 ha recibido como beneficios la suma de 310.000 yens, en una empresa donde hay otros diez propietarios, además del Estado, a repartirse las ganancias. Es decir, no se trata de un pequeño capitalista. Yan Sao Cheng nos contaba que bajo el Kuomintang no podían vivir. El Gobierno les arruinaba a fuerza de impuestos; los funcionarios les abrumaban a multas si no accedían a darles comisiones fabulosas. Cuando se resistían al chantaje

corrían el riesgo de ser encerrados en prisión, como le sucedió a Yang Sao Cheng mismo. El Gobierno de Chang Kai Chek servía a los imperialistas y al capital burocrático y hacía la vida imposible a las otras clases de la sociedad.

Esta situación impelía a la burguesía nacional a tomar una posición democrática, a luchar contra Chang Kai Chek y su régimen. Pero al mismo tiempo el temor a los comunistas, hábilmente explotado por Chang Kai Chek y los imperialistas, la paralizaba. Una parte de la burguesía nacional luchó, a pesar de todo, junto a la clase obrera contra los invasores japoneses.

Al producirse la victoria de la Revolución la burguesía nacional se inclinó por la colaboración con el nuevo régimen. La clase obrera, las masas campesinas, la Revolución, necesitaban el apoyo de dicha clase. El camarada Liu Chao Chi explica por qué, en su informe ante el VIII Congreso:

« En efecto, la burguesía nacional de nuestro país, comprendidos los grandes, medios y pequeños capitalistas y los intelectuales burgueses, es en la sociedad china la clase menos numerosa —dejando de lado la clase de la burguesía burocrática— y es muy débil política y económicamente. Pero ya sea en el pasado o a la hora actual, esta clase ejerce una influencia muy grande y desempeña un papel muy importante en la sociedad de nuestro país. Ello se debe a que históricamente, ella ha desarrollado la industria moderna, dirigido la revolución democrático-burguesa en el período anterior, cuando este papel no lo jugaba aún el proletariado; ha participado, en cierta medida, en la revolución de la nueva democracia popular, y en las condiciones concretas del período que siguió a la fundación de la República Popular, expresó su voluntad de aceptar la dirección de la clase obrera y del Partido Comunista, y acepta progresivamente la transformación socialista.

Ello se debe, también, a que la burguesía ha adquirido antes que otras clases la cultura moderna, así como un cierto conocimiento de la técnica y la gestión de las empresas modernas. Hasta hoy es todavía la clase que posee los más ricos conocimientos en la cultura moderna, que cuenta en sus filas el mayor número de intelectuales y de especialistas.

En el transcurso de estos últimos años la burguesía nacional ha participado en el trabajo de recuperación de la economía; ha participado igualmente, o dado su sostén, a la reforma agraria, a la represión de los contrarrevolucionarios, al movimiento de resistencia a la

agresión americana y de ayuda a Corea. Todo esto no ha permitido, en la mayor medida posible, aislar al enemigo y aumentar las fuerzas de la Revolución.

El conjunto de estos hechos atesta que el mantenimiento de la alianza, después de la fundación de la República Popular, entre la clase obrera y la burguesía nacional de nuestro país es provechoso, que una alianza de este género no es una carga inútil, sino una arma que facilitará nuestra tarea de utilizar, limitar y transformar a la clase burguesa ».

Para la burguesía nacional el nuevo régimen tenía una serie de aspectos positivos. Suponía la eliminación de la competición imperialista, de la opresión del capital burocrático y de la corrupción. Significaba también la ampliación del mercado y por consiguiente, de la producción y de los beneficios. La seguridad de obtener materias primas. El saneamiento de la moneda y de la situación financiera, en general, que bajo el Kuomintang había llegado a extremos catastróficos.

Por cuanto la burguesía nacional encontraba ventajas en todos estos aspectos bajo el Gobierno Popular, la alianza con los capitalistas nacionales con la clase obrera y los campesinos poseía una base material sólida y se hacía realidad.

Pero, a la vez, y esto confirma el carácter contradictorio del desarrollo histórico, entre los intereses de la burguesía nacional y los del nuevo Poder se producían también divergencias profundas.

La burguesía nacional, por ejemplo, reaccionaba con gran disgusto frente a las exigencias de los obreros y sus Sindicatos, apoyados por el Gobierno Popular, de mayores salarios, condiciones de higiene, y otras reivindicaciones. La burguesía nacional añoraba, en cuanto a este aspecto, los viejos tiempos en que los trabajadores no poseían organizaciones de clase y eran perseguidos en cuanto intentaban defenderse.

Así pues, si bien existía la alianza, simultáneamente, seguía desarrollándose la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía nacional.

Las diversas formas del capitalismo de Estado que han ido tomando forma en el curso del proceso de transformación, desde la propiedad capitalista hacia la propiedad socialista, han revestido, en líneas generales, esta particularidad: que bien, en definitiva conducen a la transformación socialista, lo inmediato han ofrecido ventajas no sólo al Estado Popular sino individualmente a los capitalistas.

Estos han visto ampliados los capitales, agrandadas y modernizadas las empresas, aumentada la producción y, por consiguiente, los beneficios. En cuanto la propiedad de

empresas ha pasado a ser mixta, en cuanto los obreros han dejado de trabajar únicamente para los patronos y han empezado a hacerlo para su Estado democrático popular, ha aumentado su rendimiento y se ha abaratado la producción. Esto también ha sido favorable para el beneficio capitalista.

No obstante ello, las transformaciones económicas realizadas bajo el signo de la alianza con la burguesía nacional no han estado exentas de lucha, sino al contrario. El Estado ha luchado y lucha por limitar y transformar a la burguesía, y la burguesía, a su vez, para impedir la limitación e inclusive para desarrollarse más y para entorpecer e impedir la transformación. Esta lucha de clases ha llevado a una serie de capitalistas a violar las leyes del Estado democrático popular y ha tenido momentos agudos.

Por ejemplo en 1953, sin modificar su política de alianza, el Poder Popular tuvo que emprender la campaña « contra los cinco males de los capitalistas ». Estos llamados « cinco males » eran las cinco formas en que ciertos elementos capitalistas luchaban contra las disposiciones que limitaban y transformaban la propiedad:

- 1ª. El engaño en los contratos con el Estado.
- 2ª. Las combinaciones para eludir el pago de los impuestos.
- 3ª. El soborno a los funcionarios.
- 4ª. El robo de los bienes del Estado.
- 5ª. El robo de las informaciones económicas al Estado.

En esta campaña participó todo el pueblo, y en primer término los trabajadores, actuando para descubrir y denunciar las ilegalidades. Lo de menos, en el curso de ella, fueron las medidas represivas; lo más importante fué la educación del pueblo, la elevación de su conciencia. Los efectos de esta campaña sobre los capitalistas fueron muy eficaces y pusieron fin a las ilegalidades.

Los camaradas chinos han combinado la lucha de clases con la alianza; el desarrollo de la lucha de clases y, en algunos momentos, su agudización —como durante la campaña contra los « cinco males »— han servido para fortalecer entre la burguesía nacional las corrientes favorables a la alianza con el proletariado. Esta contradicción, consistente en que la lucha de clases sea el medio de facilitar la alianza con el capitalismo nacional muestra la trabazón interna de los fenómenos en el desarrollo de la Revolución china y es una advertencia para quienes tienden a simplificar demasiado el proceso histórico y a no ver el papel de las contradicciones. Tener conciencia de esas contradicciones, actuar inteligentemente sobre ellas, y encaminarlas a la solución más conve-

niente a la causa del Socialismo, es uno de los grandes aciertos del Partido Comunista Chino y sus dirigentes. La experiencia de los camaradas chinos enseña —y la lección para nosotros, comunistas españoles, es muy oportuna— que la alianza entre diversas clases o capas sociales, y sus fuerzas políticas, es una fase de la lucha entre esas mismas clases y capas. La posibilidad de la alianza está ligada no sólo al factor subjetivo, es decir, a la voluntad de la clase obrera y de su Partido de realizar una alianza. Incluso la coincidencia de este factor subjetivo con la existencia de intereses comunes, en un momento dado, a diversas clases y capas sociales, no es suficiente para determinar la realización de la unidad. Hace falta, además, que el proletariado y su Partido, puedan poner en juego una fuerza suficiente para determinar a esas clases y capas sociales a la unidad, contrarrestando las influencias negativas debidas a su propia naturaleza social.

No es bastante que nuestro Partido quiera la unidad, que haya intereses coincidentes con otras fuerzas, que nosotros exaltemos esos intereses comunes trayéndoles al primer plano. Hace falta que al mismo tiempo combatamos los elementos negativos que, por su naturaleza, se dan en esas fuerzas, y que podamos acumular poder suficiente para contrarrestar y vencer tales elementos negativos. Ese poder necesario, en condiciones como las que vive nuestro Partido, lo buscamos y lo encontramos en el desarrollo del amplio movimiento de las masas populares.

En las condiciones concretas de China el proletariado tiene un arma capital para decidir a la burguesía nacional a la alianza; ese arma es el Poder político. La burguesía nacional no tiene más perspectiva posible que su alianza con la clase obrera y las masas del campo, aunque esta alianza signifique, en definitiva, su desaparición como tal clase. La burguesía nacional, de por sí, carece de fuerza para rebelarse contra el Poder de la democracia popular e instaurar su régimen. Por otro lado, Chang Kai Chek es un fantoche, sin fuerza efectiva, del que además la burguesía nacional conserva un triste y doloroso recuerdo. La posibilidad de una intervención imperialista es una hipótesis que tampoco ofrece perspectivas; primero, porque estaría condenada al fracaso; segundo, porque los imperialistas nunca se moverían por los « bellos ojos » de la burguesía nacional, sino por sus propios intereses, opuestos a los de ésta, como la experiencia ha demostrado abundantemente.

La alianza con el proletariado significa para la burguesía nacional la desaparición como clase; pero una desaparición

gradual, lenta, pacífica, en el curso de la cual los capitalistas en vez de ser confiscados, son indemnizados, por medio de la percepción de importantes beneficios durante bastantes años, mientras dura el período del capitalismo de Estado.

Las razones por las cuales la burguesía acepta esta política están determinadas: A) por el convencimiento de que la marcha hacia el Socialismo es un movimiento irreversible, que hay que adaptarse a ella, y que cualquier resistencia sería liquidada. B) por la experiencia negativa del período de la dominación imperialista y del capital burocrático. C) Porque la indemnización que reciben los capitalistas por sus bienes es una satisfacción substancial a sus intereses de clase. Y, D) por la influencia que ejercen en los individuos más sensibles y cultos de la burguesía nacional, los progresos históricos innegables realizados por China en muy pocos años bajo el nuevo régimen que satisfacen al sentimiento patriótico, y la fuerza arrolladora de las masas populares unidas en torno al Gobierno y al Partido.

Como consecuencia de su alianza con la clase obrera los capitalistas nacionales son considerados con respeto en la nueva sociedad china. En las empresas mixtas ocupan puestos directivos, de acuerdo con su preparación y su experiencia, al lado de los representantes del Estado Popular. Algunos de ellos son hombres de Estado. En Changai hemos conocido un gran fabricante textil, dueño de una fortuna de 80 millones de yens —varias veces multimillonario en pesetas—, diputado a la Asamblea Nacional Popular y concejal de su ciudad.

El Partido Comunista Chino y los otros Partidos y grupos democráticos han emprendido una labor de reeducación con los capitalistas nacionales, muy interesante. El objetivo de esa labor es hacer pasar del estado de explotador al de trabajador a los individuos que hoy forman esa clase. Se trata de mostrarles que el sistema de ideas originado en su condición de capitalistas, y esta misma condición, son injustos; que un hombre no tiene derecho a explotar a otros.

Esta labor de reeducación, ligada a la experiencia práctica diaria, ha dado sus frutos. Uno de los miembros del Comité Central del Partido Comunista Chino, en una conferencia ante un grupo de delegados extranjeros, refiriéndose a los resultados de la reeducación, decía que los capitalistas nacionales se diferencian hoy en cuatro grupos:

1°. Los que apoyan activa y conscientemente la política del Gobierno; constituyen aproximadamente el 35 %.

2°. Los neutrales, es decir, los que vacilan entre la política del Gobierno y la de los adversarios, calculados en el 50 %.

3° Los atrasados, los que no comprenden, valorados en un 10 %, y

4° Los recalcitrantes, los que rechazan las transformaciones y son enemigos resueltos, pero impotentes, del nuevo régimen, que se cifran en el 5 %.

El ambiente general que se respira en la sociedad china tiene que influir poderosamente en la mentalidad de los miembros de la clase de los capitalistas, a poco sensibles que éstos sean hacia el medio que les circunda. El pueblo chino recuerda hoy a uno de sus grandes ríos caudalosos, en los momentos de crecida, cuando la corriente baja rápida arrastrando en su curso cuanto encuentra, sin que ninguna fuerza pueda paralizarla ni mucho menos hacerla volver hacia atrás. El curso del pueblo chino hacia el Socialismo es irreversible y en esa densa y arrolladora corriente en la que van unidos más de seiscientos millones de seres, todo presiona hacia la toma de posiciones progresistas y patrióticas, todo empuja hacia la nueva vida.

Yang Sao Cheng nos decía: « Mis hijos son, los más pequeños pioneros, los mayores de la Juventud Comunista. Todos estudian y sienten el orgullo de ser parte de la nueva China. Los mayores me escriben diciéndome que renuncian a la herencia, que ellos no serán capitalistas, no vivirán explotando a otros hombres. Me dicen también que no necesitan que yo les mande dinero para hacer sus estudios. Esto no significa que no me amen y me respeten como su padre. Lo que me dicen mis hijos y mi propia experiencia actual, me hace pensar más a menudo en mi propia vida. ¿Qué derecho tengo yo a seguir siendo un explotador en un régimen que me da la posibilidad de ejercer mis talentos y me retribuye ampliamente por ellos; que me respeta cómo hombre y como ciudadano y me ahorra toda inquietud por el futuro personal y el de mis hijos? Si el Gobierno decide socializar mi empresa lo encontraré justo y aprobaré su decisión ».

III

DETERMINADAS por esta singularidad de la Revolución china, es decir, por la participación de la burguesía nacional en la edificación del Socialismo, las formas políticas de la democracia popular tienen también sus propias particularidades. Junto al Partido Comunista coexisten diversos Partidos y grupos democráticos cuyo fundamento social es la burguesía nacional, la capa superior de la pequeña

burguesía y sus intelectuales. Estos Partidos se han formado en el curso de la guerra antijaponesa y colaboran desde hace años con el Partido Comunista. El régimen político socialista chino no es pues un régimen de un solo Partido, sino de varios.

Si estos Partidos hubieran luchado contra el régimen socialista —como sucedió en Rusia— en vez de sostenerlo, la dictadura del proletariado hubiera tenido, también, que suprimirlos. Pero dichos Partidos, dirigidos por los elementos más inteligentes de las clases y capas citadas, sostienen honesta y lealmente al proletariado y su Partido en la edificación del Socialismo. Su papel es muy importante, no sólo como colaboradores del Partido Comunista en las labores del Estado, sino en la tarea de reeducar a los capitalistas nacionales.

Las perspectivas de la colaboración con los Partidos democráticos han sido explicadas ante el VIII Congreso por el camarada Liu Chao Chi:

« En lo sucesivo nosotros consideramos que debemos seguir el principio de « coexistencia a largo término y control mutuo », entre el Partido Comunista y los Partidos y grupos democráticos... Después de la realización de la transformación socialista, los elementos de la burguesía nacional y los de la capa superior de la pequeña burguesía, pasarán a ser trabajadores socialistas; los partidos y grupos democráticos se transformarán en partidos políticos de esta parte de los trabajadores. A causa del arraigo de la ideología burguesa, que va a persistir todavía durante muy largo tiempo entre esta parte de los trabajadores, los partidos y grupos democráticos, también durante muy largo tiempo, deberán seguir en contacto con ella, deberán representarla y ayudarla a reeducarse ».

Los hombres de los Partidos y grupos democráticos ocupan importantes puestos en el Gobierno y en el aparato del Estado; ejercen una real influencia en los asuntos públicos. Sus opiniones son escuchadas.

Sin embargo esta característica original no altera el contenido del régimen de Estado en China, que es una forma de la dictadura del proletariado.

La coexistencia de diversos Partidos no afecta al principio del papel dirigente del Partido proletario, marxista-leninista. Aunque en la sociedad moderna el desarrollo social conduce hacia el Socialismo; aunque haya otros Partidos capaces de participar en la edificación de la nueva sociedad y de jugar un importante papel, el que corresponde desempeñar al Partido Comunista, como Partido dirigente del proletariado, es irremplazable.

« ...en la labor socialista en nuestro país —ha dicho Liu Chao Chi— es imposible prescindir de la dictadura del proletariado, y la dictadura del proletariado se realiza por la dirección del partido proletario, el Partido Comunista. La capacidad de dirección del Partido Comunista Chino reside en el hecho de poseer el arma ideológica que es el marxismo-leninismo, de tener una línea política y una línea de organización justas, de su riqueza de experiencias de lucha y de trabajo; de su capacidad para concentrar la sabiduría de todo el pueblo y expresarla en una voluntad unánime, en acciones disciplinadas. Como en el pasado, actualmente y en el porvenir, con el fin de garantizar que nuestro país pueda resolver de manera eficaz los asuntos complejos interiores y exteriores, es indispensable que esté dirigido por un tal Partido. Esto ha sido reconocido unánimemente, teniendo en cuenta las lecciones de la vida, por todas las capas del pueblo chino así como por todos los partidos democráticos. »

En el artículo publicado por el *Jenminjihpao* con motivo de los acontecimientos de Hungría los camaradas chinos afirman una vez más el papel dirigente del Partido proletario, marxista-leninista, como uno de los rasgos universales de la Revolución Socialista, en cualquier país que se lleve a cabo, e independientemente de las formas que revista la dictadura del proletariado.

La experiencia y la confirmación de esta tesis marxista-leninista por los camaradas chinos es doblemente valiosa en el momento en que algunos revisionistas del marxismo comienzan a imaginarse el paso hacia el Socialismo como un fenómeno que se producirá espontáneamente, por una serie de decisiones parlamentarias, tomadas por la iniciativa de los partidos socialdemócratas y burgueses, y que en consecuencia, consideran superflua la existencia del Partido Comunista.

La vida nos enseña, por el contrario, que incluso en China, donde la transformación de la Revolución democrática en socialista se lleva a cabo pacíficamente, la burguesía nacional —y no hablemos de la burguesía monopolista— ha aceptado marchar gradualmente hacia el Socialismo cuando no le quedaba más que ese camino, o el suicidio.

La experiencia china contribuye a fundamentar los planteamientos hechos en el XX Congreso del P.C.U.S. sobre las diversas formas que puede revestir el paso del capitalismo hacia el Socialismo.

Hasta el presente, los ejemplos de paso pacífico del ca-

pitalismo al socialismo producidos en la Historia han ido precedidos por la destrucción violenta del viejo aparato del Estado de las clases opresoras y su reemplazamiento por un nuevo aparato de Estado, dirigido por la clase obrera y otras fuerzas populares. Es evidente que el cumplimiento de esta tarea en el curso de la realización de las transformaciones democrático-burguesas bajo la dirección de la clase obrera, ha desempeñado un papel decisivo en el carácter pacífico de la transición posterior del capitalismo al socialismo.

Sin embargo la posibilidad del paso pacífico, incluso por la vía parlamentaria, del capitalismo al socialismo, sin necesidad de la destrucción violenta del aparato de Estado de las clases opresoras es en el porvenir una perspectiva real. Ciertamente que para que se produzca de ese modo la transformación socialista hará falta la concordancia de una situación objetiva y subjetiva, nacional e internacional, extraordinariamente favorable. Una situación que rodee al Partido revolucionario del proletariado de poderosos aliados y lleve el aislamiento de la clase opresora a tal extremo, que la burguesía renuncie a la resistencia violenta por inútil, y el aparato del Estado burgués se descomponga sin necesidad de recurrir a la lucha armada. Estas formas de transición serán mucho menos dolorosas para la sociedad entera e incluso para los individuos de la clase burguesa que, como tales individuos —ya que no como clase— no serán puestos al margen de la nueva sociedad. Lo que ha sucedido en China, es decir, que una parte de la burguesía participe en determinadas condiciones, bajo la dirección del proletariado, en la edificación del Socialismo, puede repetirse en otros países.

Naturalmente que esta posibilidad de desarrollo pacífico está ligada a la conservación de la paz mundial, al mantenimiento de la coexistencia pacífica, y a la comprobación por los pueblos de la superioridad del Socialismo sobre el capitalismo, como sistema social, en el transcurso de un prolongado período de emulación pacífica.

La justa aplicación de las enseñanzas del XX Congreso exige aliar el mantenimiento más firme de las posiciones de principio del marxismo-leninismo sobre la Revolución, con el espíritu crítico y de investigación más despierto y la repugnancia más resuelta hacia los clichés y rigideces dogmáticas.

Los camaradas chinos nos ofrecen un elevado ejemplo de la combinación de estas cualidades. Ellos demuestran un profundo conocimiento del marxismo-leninismo y una gran capacidad para aplicarle de manera creadora. ¿De dónde les vienen estas dotes a los camaradas chinos?

Es evidente que los camaradas chinos conocen a fondo la teoría del marxismo-leninismo, que entre ellos se han desarrollado no sólo grandes dirigentes políticos sino teóricos de la talla de Mao Tse Tung. Es evidente que los camaradas chinos han asimilado la experiencia soviética, en la que se inspiran y de la que sacan gran provecho. Pero tal estudio no lo han llevado a cabo de una forma académica, abstracta, sino contrastando sus conclusiones sobre el banco de experiencias de su propia lucha revolucionaria; elaborando la generalización de su propia experiencia, lo que les ha permitido trazar una línea justa y original para la aplicación del marxismo-leninismo a las condiciones de China. Los camaradas chinos han sabido combinar los rasgos universales de la Revolución socialista, rasgos que presenta la Revolución de Octubre en Rusia, con los rasgos originales característicos de la situación nacional e internacional de China.

Esta madurez y sagacidad sólo se explican si se tiene en cuenta la rica historia revolucionaria del Partido Comunista de China, que casi desde su nacimiento comienza a jugar un papel de primer orden en las grandes luchas revolucionarias del pueblo chino. A lo largo de treinta años de existencia el Partido Comunista se encuentra al frente de tres guerras civiles revolucionarias y de la guerra antijaponesa. Gobernando los territorios de las regiones liberadas el Partido Comunista adquiere, aunque en escala reducida, una experiencia del Poder, de la organización y dirección del Estado, de los problemas característicos y específicos de la Revolución China. En el transcurso de tan vasta actividad el Partido comete diversos errores, de izquierda y de derecha, que corrige a través de una lucha ideológica y política continuada. A través de esa rica y diversa experiencia el Partido aprende, se temple, va logrando la sagacidad y la madurez que hoy se le reconoce. Al triunfar la Revolución en 1949 en toda la China continental el Partido ha elaborado y generalizado su propia experiencia, a la luz del marxismo-leninismo; ha trazado de manera profunda y meditada su línea general, que la práctica posterior confirma como justa.

El desarrollo del Partido despues del Pleno del Comité Central

I

EL período transcurrido desde la celebración del Pleno del Comité Central se caracteriza por un ascenso rápido del movimiento de masas, expresión del cual son las manifestaciones de Barcelona, Madrid, así como las que han tenido lugar en Valladolid y otras provincias.

Caracterizadas en los recientes documentos del Partido como plebiscito contra la dictadura, estas manifestaciones han puesto de relieve la elevación de la conciencia, la iniciativa y la combatividad de la clase obrera y de las masas trabajadoras. En cuestión de meses se han hecho progresos considerables en la lucha por la democracia, aspiración de la inmensa mayoría de los españoles.

El desarrollo de la situación pone de manifiesto que la política de reconciliación nacional, es sostenida no sólo por la clase obrera y las masas trabajadoras, sino por otros sectores sociales que ven en ella la base para conseguir un cambio democrático sin necesidad de nuevos derramamientos de sangre. La unanimidad con que han transcurrido las recientes manifestaciones prueba que la reconciliación de los españoles para acabar con la dictadura es un movimiento arrollador, que no pueden detener los intentos de Franco de reavivar el espíritu de guerra civil.

En estas condiciones, nuestras tareas políticas y de organización se hacen más complejas, el movimiento de masas plantea infinidad de problemas para dar solución a los cuales es muy importante que nos esforcemos en extender a todo el país las ricas experiencias que se desprenden de las recientes luchas para nuestras organizaciones y que los camaradas de Madrid resumen con estas palabras: « Sensibilidad política para apreciar y valorar los cambios que se producen en la conciencia de las masas, y plantear los objetivos en consonancia con su estado de ánimo. Confianza en las masas, contar con su iniciativa, su entusiasmo y combatividad, confianza en la clase obrera como fuerza decisiva. Utilizar acertadamente todas las fuerzas del Partido, convencidos de que son enormes a pesar de su escaso número, si sabemos interpretar fielmente las aspiraciones de las masas. »

En efecto, la fuerza del Partido es grande, y lo será cada día más, si logramos que cada uno de sus militantes tenga conciencia clara del papel que les corresponde desempeñar como organizadores y dirigentes de la lucha de las masas.

Los llamamientos del Partido a la acción han tenido el éxito conocido, porque se han basado en el deseo de lucha latente en la clase obrera, en los estudiantes, en el pueblo, deseoso de manifestar su indignación contra la dictadura. Es evidente que estos deseos de lucha no se hubieran materializado en grandes manifestaciones si no hubieran existido fuerzas capaces no sólo de llamar a la acción, sino de asegurar la organización de tales manifestaciones. Sin los llamamientos y la actividad organizadora del P.S.U. y de otras fuerzas políticas las manifestaciones de Barcelona, o no se hubieran producido o hubieran tenido mucho menor alcance. Sin los llamamientos y la actividad organizadora del Partido Comunista, las manifestaciones de Madrid no hubieran tenido lugar. Se ha puesto de relieve, sin subestimación de ninguna otra fuerza de oposición, el destacado papel desempeñado por nuestro Partido en la preparación y organización de todas estas grandes manifestaciones pacíficas de masas contra la dictadura.

Obligados a renunciar a sus jactanciosas afirmaciones de otros tiempos, los franquistas han tenido que dedicar columnas enteras de sus periódicos a polemizar con el Partido Comunista que tantas veces dieron por desaparecido. Ahora resulta, según ellos, que las grandes manifestaciones populares han sido obra exclusiva de los comunistas, en lo cual hay una intencionada exageración, ya que como muy bien dicen los camaradas de Madrid: « El boicoteo ha sido la obra del pueblo madrileño, de los obreros y empleados de los estudiantes e intelectuales, de los comerciantes e industriales. Nadie, ninguna fuerza política determinada, puede apropiárselo como éxito particular suyo, pues todas las fuerzas de oposición han participado, si no como organización, sí a través de sus partidarios. » Sin embargo, no hay ninguna exageración en afirmar que nuestro Partido ha sido el principal animador y organizador de estas luchas, y que sus llamamientos han influido en otras fuerzas de oposición que han sentido la necesidad de actuar para no quedarse al margen del movimiento de masas.

**

Que el Partido Comunista esté a la cabeza de las masas trabajadoras corresponde a su propia naturaleza de destacamento de vanguardia de la clase obrera. Lo anormal sería que fuese la zaga, cosa que podía haber ocurrido y podría ocurrir en el futuro si no hubiera perfilado y no perfilara constantemente sus métodos de trabajo, tanto en el interior de sus propias filas como

en relación con la clase obrera y con todos los trabajadores; esto podría ocurrir si las organizaciones y militantes del Partido no aplicaran con espíritu de iniciativa su línea política; si el Partido dejara de crecer junto con el movimiento de masas, si no elevara constantemente su capacidad ideológica, política y de organización.

Pero esto no ha ocurrido y no ocurrirá, porque el Partido ha hecho y seguirá haciendo todos los esfuerzos necesarios en el terreno orgánico, político e ideológico para hacer frente con éxito a su misión. El esfuerzo crítico y autocrítico que iniciamos ya en 1951 dirigido a corregir los defectos que existían en nuestro trabajo, el V Congreso del Partido cuyos planteamientos han sido de gran trascendencia tanto en el aspecto político general como en relación con el Partido, y de manera muy especial el Pleno del Comité Central, celebrado en Agosto de 1956, han contribuido a colocar al Partido en condiciones de hacer frente a las complejas tareas que el desarrollo de la situación plantea ante él.

Los informes y resoluciones del Pleno del Comité Central han sido discutidos con gran interés por las organizaciones del Partido, que han hecho suya la línea trazada y luchan con entusiasmo por su aplicación. En la discusión se ha puesto de relieve la unidad del Partido en torno a su línea política y a su Comité Central que desde hace algún tiempo viene ejerciendo de manera efectiva la función que le corresponde, hecho que los militantes han apreciado muy altamente. La unidad del Partido se ha puesto también de manifiesto frente a la furiosa campaña desencadenada por el imperialismo contra el movimiento comunista internacional con motivo de la insurrección contrarrevolucionaria en Hungría. Con raras excepciones los militantes de nuestro Partido no han perdido el norte, y frente a las calumnias antisoviéticas y anticomunistas, como en ocasiones semejantes, han respondido fortaleciendo su confianza en el Partido, en los principios del marxismo-leninismo y en la Unión Soviética, fortaleza de la paz, el socialismo y la amistad entre los pueblos.

Ante los planteamientos teóricos hechos por el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y especialmente con motivo de la crítica del culto a la personalidad de Stalin, nuestro Partido no ha quedado, ni podía quedar, al margen de la discusión que ha tenido lugar en el movimiento comunista internacional. En esta discusión se ha puesto de manifiesto la unidad existente en nuestras filas en torno a las cuestiones principales que de una u otra forma han sido objeto de debate. Esta unidad ha sacado de quicio a nuestros enemigos, cosa explicable, pues también ellos saben que la fuerza del Partido está en su unidad y en su disciplina. A los comunistas, nos ha dado nuevas razones para sentirnos orgullosos de pertenecer a un Partido que sabe mantenerse firme en el terreno de los principios.

**

No podemos, sin embargo, pasar por alto ciertas actitudes de carácter revisionista que se han manifestado en algunos camaradas, tanto en relación con la política, como en relación con los principios del Partido. Aturdidos por la campaña imperialista en torno a las cuestiones del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, y más tarde con motivo de la insurrección contrarrevolucionaria en Hungría, se han puesto a defender opiniones favorables a lo que la reacción ha dado en llamar « desestalinización ». Reflejo de la propaganda del enemigo, tales actitudes son contrarias a la política y a los principios del Partido. Son, quieran o no, lo que la propaganda imperialista ha bautizado con el nombre de « comunismo nacional », variante del nacionalismo burgués con la cual se encubre la lucha contra la Unión Soviética, contra la ideología marxista-leninista y contra los Partidos Comunistas y obreros que permanecen fieles al internacionalismo proletario. Todo ello con el pretexto de luchar contra el dogmatismo y contra la aplicación mecánica de la experiencia del primer país que ha construido el socialismo y avanza hacia el comunismo, la experiencia del Partido fundado por Lenin.

Sí, es necesario luchar contra el dogmatismo. Pero cuando en nombre de la lucha contra el dogmatismo se nos presenta el oportunismo más podrido, cuando se intenta introducir en nuestras filas como una novedad las ideas de la social-democracia, cuando se busca convertir al Partido en un círculo liberal para desahogo de charlatanes, a quienes la suerte de la clase obrera y del pueblo importan un bledo, entonces los comunistas nos elevamos en defensa del Partido y de todo lo que éste representa. Y nos elevamos contra tales intentos, unidos en torno a nuestra línea política, en torno a nuestros principios marxistas-leninistas, y, sin temblar ante lo que puedan pensar los defensores del « sacrosanto » régimen capitalista, proclamamos nuestra solidaridad más entrañable con la Unión Soviética y con todo el campo socialista.

El que los comunistas simpaticemos de todo corazón con la Unión Soviética y veamos en ella el mejor ejemplo en que inspirarnos es cosa sencilla de comprender para millones de trabajadores que aspiran a liberarse de la explotación del capital. Lo que los obreros conscientes no pueden comprender es que un Partido que se diga obrero se dedique a exaltar las delicias del capitalismo norteamericano, inglés o francés. Lo que los obreros conscientes no pueden aceptar es que haya partidos u organizaciones que denominándose obreros disputan a la reacción el primer puesto en la lucha contra la Unión Soviética y contra todos

los pueblos que construyen el socialismo.

¿Que a la burguesía le gustaría tener un partido « comunista » a su imagen y semejanza? ¿Que los dirigentes socialistas y otros nos dicen que cambiemos, es decir, que dejemos de ser lo que somos? ¿Que se nos acusa de estar al servicio de la Unión Soviética y de no ser independientes, y de no ser democráticos, y de no parecernos al Partido Laborista, ni al Partido Socialista que gobierna en Francia sin que el capitalismo sienta la menor inquietud, y de tantos otros partidos socialistas que pasan por los gobiernos sin dejar más huella que la de sus servicios a la burguesía?

Todo esto ha sido y es así desde que existimos. Y es cierto, absolutamente cierto que el Partido comunista no es un partido como todos los demás. Se diferencia esencialmente no sólo de los partidos de la burguesía, sino también de otros partidos y organizaciones obreras.

Nos distingue de ellos esencialmente el que somos el partido que la clase obrera necesita para conquistar una vida sin explotadores ni explotados. ¿Hay alguien capaz de demostrar que la clase obrera puede poner fin al capitalismo sin estar dirigida por un partido marxista-leninista, por un partido comunista? Quien quiera demostrar tal cosa tendrá que empezar por hacernos olvidar la experiencia de más de medio siglo de actuación de los partidos reformistas, tendrá que explicarnos por qué no hay más países donde los medios de producción, las fábricas, la tierra, etc., pertenezcan al pueblo trabajador, que aquéllos donde los comunistas están en el Poder.

**

Nos diferencia de otros partidos, entre otras cosas, nuestras normas de organización. La organización de nuestro Partido se basa en el centralismo democrático, no por el gusto de diferenciarnos de los demás, sino porque ello es una condición para poder desempeñar de manera efectiva el papel de vanguardia dirigente de la clase obrera y de las masas trabajadoras. El centralismo democrático responde a necesidades objetivas de la lucha revolucionaria del proletariado, el cual para desarrollar la lucha de clases en su favor, para luchar con posibilidades de éxito frente a sus explotadores necesita disponer de un verdadero Estado Mayor revolucionario, de un partido marxista-leninista.

En nuestro Partido se combinan el centralismo y la democracia de tal manera que sea posible orientar en cada momento a las masas, fijar posición ante cada acontecimiento nacional e internacional, y dirigir de manera ágil la lucha de la clase obrera y del pueblo, y, al mismo tiempo, asegurar una participación efectiva de todos los militantes en la elaboración y aplicación de la línea

política del Partido. ¿Que la exageración del centralismo y del debilitamiento de la democracia nos causan daño? Esto es evidente. Pero el remedio no está en una « democratización » contraria a las normas del Partido, sino en el restablecimiento de dichas normas, en la elevación de la vida política de cada una de nuestras organizaciones. Esto es lo que venimos haciendo desde hace tiempo, y los resultados han sido la cohesión de las filas del Partido y el mejoramiento de toda su actividad.

La importancia de la organización está sintetizada en las siguientes palabras de Lenin: « *El Partido es el sector consciente, avanzado de la clase, su vanguardia. La fuerza de esta vanguardia es diez veces, cien veces más grande que su número.* »

¿Es esto posible? ¿Puede ser superior la fuerza de cien a la fuerza de mil?

Puede ser superior, cuando la fuerza de los cien está organizada. La organización decuplica la fuerza. »

Y, en efecto, el Partido puede desempeñar el papel de vanguardia dirigente no sólo por su teoría de vanguardia, el marxismo-leninismo, no sólo por su línea política, cuya justeza vemos comprobada en los hechos de cada día, sino, además, por su organización.

En la Carta a las organizaciones y militantes del Partido de Julio de 1952 se resumía el significado del centralismo democrático en los siguientes términos:

« Este principio presupone la existencia de una autoridad superior en el Partido, cuyas decisiones son obligatorias para todas las organizaciones y militantes; esa autoridad es el Congreso o la Conferencia del Partido, y entre cada reunión de éstos, el Comité Central. Nuestros principios de organización presuponen también la unidad de voluntad y de acción; la disciplina más férrea, basada en la aceptación consciente de los principios y de los acuerdos del Partido; la imposibilidad de toda labor fraccional o de grupo. »

Pero el centralismo democrático significa igualmente que todos los miembros del Partido participan en la elaboración de su línea política y de las decisiones fundamentales, mediante libre y democrática discusión; que todos los miembros del Partido tienen derecho a participar en el control de la aplicación de la línea política por parte de los órganos dirigentes, mediante el ejercicio de la crítica y la autocritica más amplia. El centralismo democrático implica la elección democrática de los órganos dirigentes del Partido, de abajo arriba y el derecho de cada miembro a ser elegido conforme a los estatutos. »

Nuestros principios de organización tienen su expresión sintetizada, y hecha ley del Partido, en los Estatutos, el respeto de los cuales tiene que ser norma de conducta de los militantes y

dirigentes. ¿Que algunos aspectos de la democracia interna del Partido no son aplicables en condiciones de clandestinidad? Esto es tan evidente que en raros casos surgen incomprendimientos sobre el particular, y cuando surgen no es en el país, donde cada cual sabe por experiencia los peligros que traería consigo resolver todas las cuestiones democráticamente. Pero la democracia en el Partido no es sólo la elección de los órganos dirigentes. Es, sobre todo, la participación activa y consciente de todos los militantes en la elaboración y aplicación de la línea política. Desarrollar la democracia interna en el Partido significa elevar la vida política de sus organizaciones de base, conseguir que todos sus órganos de dirección, desde el Comité Central hasta los Comités de célula, actúen de acuerdo con el principio de la dirección colectiva, aplicar con espíritu constructivo el método de la crítica y la autocrítica, valorar y tener en cuenta siempre la opinión de cada militante sobre las cuestiones políticas importantes.

Y en esta dirección el Partido ha hecho serios progresos desde 1951, que se han visto completados con las resoluciones del Pleno del Comité Central, en el cual, a la luz de las enseñanzas del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, se ha hecho un análisis profundo de las consecuencias del culto a la personalidad en nuestro Partido y de las deficiencias existentes en nuestro trabajo.

**

La forma en que ha sido abordado en el Pleno el examen de las consecuencias del culto a la personalidad en nuestras filas, el restablecimiento del principio de la dirección colectiva, empezando por que el Comité Central cumpla plenamente la función que le corresponde y el profundo espíritu autocrítico con que ha transcurrido dicho Pleno son hechos que los militantes del Partido han valorado altamente.

No es ninguna novedad que cuando el Partido Comunista hace la crítica de sus fallos o errores los enemigos se pongan a gritar: « las cosas van mal entre los comunistas. » Si para no darles esta satisfacción dejáramos de corregir nuestros defectos cometeríamos un grave error, pues con ello debilitaríamos al Partido y entonces es cuando tendría motivos reales para alegrarse. Mas la crítica de errores o fallos por nuestra parte no altera en lo más mínimo el hecho fundamental de que el Partido ha defendido y defiende en todo momento los intereses de la clase obrera y de las masas trabajadoras, pudiendo presentar un balance de actividad y de luchas con una parte del cual echaría las campanas al vuelo cualquier otro Partido.

El examen autocrítico de nuestra labor no puede significar jamás para un comunista dar la razón al enemigo o al adversario.

Entre nosotros, por ejemplo, criticamos toda manifestación de sectarismo, procuramos suprimir de nuestro lenguaje todo lo que pueda servir de pretexto para retrasar la unidad y no tenemos inconveniente en reconocer que en esta labor han existido y existen defectos que es necesario corregir. Pero sería falso de toda falsedad ver en tales defectos la causa de la falta de unidad entre las fuerzas obreras y democráticas.

El Partido Comunista ha mantenido consecuentemente una política de unidad de la clase obrera, afirmando día tras día, que quienes se oponen a esta unidad causan un grave daño a la causa de la democracia. Los habitantes del planeta Marte, si es que los hay, tal vez no se hayan enterado de nuestros insistentes llamamientos a la unidad, de nuestros esfuerzos repetidos para convencer a los compañeros socialistas y cenetistas de que no es posible seguir divididos por más tiempo. Pero ¿qué españoles de la emigración no saben de memoria que la causa de que no hayamos llegado a la unidad está en la política antiunitaria de la dirección del Partido Socialista y de la C.N.T.? ¿Qué español más o menos activo políticamente no sabe que el Partido Comunista lucha consecuentemente por la unidad de la clase obrera, viendo en esta unidad la primera condición para acabar con la dictadura e instaurar un régimen democrático en España?

Y no son menores los esfuerzos unitarios que hemos hecho y seguiremos haciendo cerca de los Partidos Republicanos a quienes nos une un pasado de lucha común y la aspiración de ver instaurada en nuestro país una República democrática.

Se podrían dar ejemplos semejantes sobre todos los aspectos de nuestra labor, pero pienso que basta con el anterior para comprender que la crítica de los defectos o errores en el Partido no puede hacerse en abstracto, sino partiendo de la justeza de su línea política y de su actuación al frente de la clase obrera y de las masas. Este ha sido el punto de vista desde el cual ha abordado el Pleno del Comité Central tanto las cuestiones políticas como las cuestiones del Partido.

Como es natural, los enemigos del Partido se han sentido profundamente defraudados. ¿Cómo es posible —se han preguntado— que el Partido Comunista no ofrezca el agradable espectáculo de saltar hecho pedazos? ¿Qué Partido es éste que no hace por lo menos alguna declaracioncita contra la Unión Soviética? ¿Qué Comité Central es éste que se mantiene unido frente a las campañas anticomunistas del imperialismo?

No sería exacto decir que a los comunistas nos tiene sin cuidado lo que tales gentes piensan de nosotros. En este caso, por ejemplo, nos apena verles tan afligidos ante el desarrollo de nuestro Partido. Pero, ¡qué le vamos a hacer! Consuélese pensando en que no ha faltado en la emigración algún que otro comunista.

quien le hubiera parecido de perlas que el Partido se hubiera puesto a despotricar contra sí mismo, ¡eso sí que hubiera sido « democratización »!

No, el Partido no ha seguido ese camino. Ha seguido *su propio camino*, el de la crítica y la autocrítica constructivas, el de la corrección de sus fallas, el de la aplicación de las normas leninistas en su funcionamiento.

Y siguiendo este camino se ha puesto en condiciones de abordar con acierto las complejas tareas ideológicas, políticas y organizativas que la situación plantea. Sin que ello signifique cerrar los ojos ante la inmensidad de nuestro trabajo, ante todo lo que nos queda por hacer en el terreno de la organización del Partido y en el desarrollo de su labor entre las masas, no podemos sino alegrarnos de los resultados alcanzados, especialmente a partir del Pleno del Comité Central. El fortalecimiento del Partido está reflejado en su activa participación en todas las acciones de masas que han tenido lugar recientemente y en su labor en otros lugares donde el movimiento de las masas no se ha manifestado todavía tan vigorosamente.

II

EN este período, no sólo se ha puesto de manifiesto la justeza de nuestra política que ha encarnado en millones de gentes de derecha y de izquierda. Se ha comprobado, al mismo tiempo, la capacidad del Partido para influir con su actividad en el desarrollo de la situación, para impulsar a otras fuerzas a la acción, para orientar el movimiento de masas.

Los camaradas de Madrid tienen razón cuando destacan la importancia que tiene el « saber registrar al día, con sensibilidad política, los cambios que se producen en la conciencia de las masas... ». Esta es, en efecto, la primera condición para no caer en el subjetivismo, es decir, para no ir más allá de lo que está al alcance de las masas y para no marchar a la zaga de éstas.

El subjetivismo hizo que en el pasado, tomando nuestros deseos por realidades, nos planteáramos a veces objetivos sin tener suficientemente en cuenta las posibilidades, lo que traía consigo la separación entre los sectores más combativos de la clase obrera y las grandes masas, sin cuyo apoyo no era posible alcanzar los objetivos que nos proponíamos. Este defecto fué corregido desde hace tiempo, y en la actualidad puede afirmarse que tanto nuestra política como la actuación práctica del Partido se caracterizan por su realismo, por tener en cuenta en cada momento las condiciones concretas, y, en primer lugar, el grado de conciencia de las masas.

Pero el subjetivismo no lleva obligatoriamente a plantearse objetivos irrealizables. Se puede manifestar también en sentido opuesto, en el sentido de no apreciar las posibilidades que existen para nuestra labor, en cuyo caso objetivos realizables aparecen como imposibles.

Hay camaradas que aferrados a ideas viejas no ven los elementos nuevos de la situación. Lo nuevo de la situación es la voluntad de actuar, son las grandes acciones de masas. No, esto no es lo de hace unos años. En la clase obrera y los campesinos se han producido cambios profundos. Se han radicalizado también los comerciantes, funcionarios, artesanos, estudiantes e intelectuales, cada día más resueltos a actuar para que España salga de las tinieblas y para poder vivir decentemente.

Quedaron atrás los tiempos en que los comunistas luchábamos solos como Partido. Como Partido, repito, pues aun en los años más terribles han coincidido con nosotros hombres de diferentes ideas. Ahora existen fuerzas políticas que se organizan y actúan, de lo cual los comunistas nos alegramos, porque situamos por encima de todo la necesidad de acabar con la dictadura y porque la organización de tales fuerzas es una condición necesaria para la democratización del país.

¿Que en algunas de las fuerzas de oposición existen todavía fuertes corrientes anticomunistas? ¿Que ello lleva a ciertos dirigentes a rechazar el entendimiento con nuestro Partido, pese a no tener nada que objetar a nuestra política de reconciliación nacional?

Esto es cierto. Pero también los problemas de la unidad se plantean en la actualidad de manera diferente a como se planteaban no ya en un pasado lejano, sino hace unos años. Me refiero al hecho de que la idea de la unidad ha dejado de ser la idea de la vanguardia para pasar a ser la idea de las masas que la realizan en la acción, en la lucha diaria por sus reivindicaciones. Así ha ocurrido en Barcelona, Madrid, Valladolid y otros centros del país. Así seguirá ocurriendo en las futuras demostraciones nacionales contra la dictadura.

**

En las recientes luchas se ha visto la posibilidad de llegar a la unidad de acción de las más diversas fuerzas políticas, aun sin existir formalmente un órgano común que coordine dicha acción. Ahora se trata de crear mediante un trabajo flexible y perseverante las condiciones para la acción unida y simultánea de todo el pueblo, de todos los españoles que desean la desaparición de la dictadura.

La unidad por arriba, entre las direcciones de los Partidos y grupos políticos sigue siendo una necesidad apremiante. Esta

unidad precipitaría la caída de la dictadura. El acuerdo entre las direcciones de las diferentes fuerzas de oposición sería el final de la camarilla de Franco. Esto es evidente no sólo para nosotros, sino para muchísimas otras gentes, pese a lo cual siguen existiendo resistencias a un entendimiento formal por arriba, a una coalición de fuerzas políticas. Ello no debe ser óbice para llegar a acuerdos parciales para tal o cual acción, para determinar conjuntamente las formas y objetivos que ha de tener dicha acción.

Y ello no sólo en la escala nacional, sino en un plano más limitado. Cada organización del Partido tiene sus propias experiencias en este orden. Las acciones de protesta, los plantes, las huelgas vienen transcurriendo desde hace mucho tiempo con un elevado espíritu de unidad. En la mayoría de los casos estas luchas no han estado precedidas ni han sido el resultado de la actividad de un centro de coordinación en el que hayan actuado unidos los representantes de diferentes fuerzas. Pero es claro que, aun no existiendo un tal centro, la unidad ha sido posible porque se ha llegado a una coincidencia, a un entendimiento tácito entre dichas fuerzas.

Uno de los progresos hechos por el Partido en este período son sus múltiples contactos con los representantes de otras fuerzas, cosa nada simple en la clandestinidad, sobre todo porque no siempre nos encontramos ante partidos u organizaciones bien definidos, sino ante grupos, comienzos de partidos y, a veces, ante personas que representan una tendencia o gozan de autoridad en determinados medios. Encontrar en cada lugar a los representantes de otras fuerzas requiere, por hoy, mucha iniciativa y tacto de parte de los cuadros y militantes del Partido. En general, puede afirmarse que donde no existen estas relaciones es porque algo falla en el trabajo del Partido. Ello no puede explicarse solamente porque los demás no actúan, pues la realidad es que hoy todo el mundo busca un cambio político.

Pero aun hay camaradas que no despliegan la iniciativa necesaria para encontrar en cada lugar las personas con quienes llegar a acuerdos para impulsar la acción de las masas.

¿Cómo explicar esta falta de iniciativa de algunos camaradas? ¿Acaso por un desacuerdo con la política o con la táctica del Partido?

No, no es ésta la causa. La línea establecida en la Declaración de Junio y en el Pleno del Comité Central ha sido aprobada sin reservas por el Partido, y, en lo concerniente a nuestra táctica, tampoco puede decirse que exista desacuerdo.

Pero esto no significa que todos los militantes y cuadros del Partido comprendan en el mismo grado la línea política y la táctica del Partido. Más aún, dentro de un acuerdo general pueden tener, y en la práctica tienen lugar, incomprendiones sobre cues-

ciones parciales, sin aclarar las cuales no se puede avanzar. Es el caso del camarada que expresa su acuerdo con la política de reconciliación nacional y, acto seguido, añade: « lo de los católicos no lo entiendo ». « Lo de los católicos », son muchos casos a la vez, sin comprender los cuales es imposible trabajar eficazmente por la aplicación de dicha política. Hay camaradas que razonan muy bien sobre la necesidad de marchar unidos con las demás fuerzas antifranquistas, pero si se les pregunta con quién empezar a dialogar para llegar a establecer relaciones de unidad nos encontramos con opiniones sectarias que habría sido difícil descubrir en sus razonamientos en abstracto. Así como la práctica es la piedra de toque de toda teoría, la actuación, la actividad de los militantes y organizaciones es lo que nos da la justa medida de su comprensión de la política del Partido.

Cuando el trabajo no avanza es necesario empezar por tener una idea real de las dificultades, por aclarar las dudas que puedan existir y por asegurar que sean hechas las pequeñas cosas, que son las que, en fin de cuentas, hacen posible las grandes acciones. No siempre se examinan con el debido cuidado las múltiples dificultades que surgen al llevar a la práctica una orientación general, por muy justa que ésta sea. El instrumento más perfecto no produce nada si falta la mano experta del obrero. Se puede ver en la política de reconciliación nacional la vía más adecuada para unir el máximo de fuerzas contra el mínimo de enemigos, se puede comprender que esta política responde a las aspiraciones de la inmensa mayoría de los españoles; pero si se olvida que la política más acertada no triunfa sin un enorme trabajo paciente del Partido, si no se acierta en su aplicación a cada situación concreta, si no se consigue que las masas la hagan suya, no es posible obtener grandes resultados. La labor de organización del Partido, el trabajo abnegado de cada comunista, esto es lo que decide el éxito de la política del Partido.

**

Como se dice en la Declaración del Buró Político hecha en Febrero: « Lo decisivo en estos momentos es que el movimiento popular siga desarrollándose, extendiéndose, hasta crear las condiciones para grandes demostraciones nacionales, pacíficas, contra la dictadura, en las que todas las clases sociales lesionadas por ella y todos los grupos políticos coincidan ». Y ello depende en mucho de la labor de agitación, propaganda y organización del Partido.

Algunas organizaciones del Partido nos ofrecen en este período magníficos ejemplos de agitación de masas. Sus llamamientos y octavillas son leídos con gran interés por los trabajadores que comprueban que el Partido Comunista les dice la verdad. Frente

a decenas de periódicos, frente al enorme aparato propagandístico de la dictadura, frente a verdaderas avalanchas de mentiras, los llamamientos de nuestro Partido y, a veces, una simple hoja tienen una honda repercusión en el pueblo. Es la fuerza de la verdad frente a la mentira. Son las palabras que los trabajadores necesitan escuchar para luchar mejor por el pan de sus hijos, por la libertad. Es la voz del Partido Comunista que ha luchado y lucha en todo momento contra la dictadura, lo que le vale la confianza y el respeto del pueblo. Esta es la razón por la cual los llamamientos, las hojas, la consigna escrita en un muro o transmitida de oído a oído, la labor de agitación de nuestro Partido causan tanta inquietud en las filas franquistas.

Entre las enseñanzas de nuestro gran maestro Lenin están sus ideas sobre la agitación, arma particularmente importante en un período de ascenso del movimiento de masas, cuando millares de trabajadores sienten la necesidad de actuar para cambiar la situación de miseria y opresión en que viven. Las afirmaciones de los franquistas atribuyendo las grandes acciones de masas a la sola agitación comunista son una exageración. Para todo el mundo está claro que las causas profundas que mueven al obrero y al campesino, al funcionario y al artesano, al estudiante y al intelectual, los motivos por los que lucha el pueblo son de orden económico, político y social. La agitación del Partido Comunista y de otras fuerzas políticas no hace sino dar forma a lo que está en el pensamiento y en el corazón del pueblo. Tras de esa exageración hay, sin embargo, el reconocimiento involuntario de que la voz de los comunistas es escuchada con respeto por millares de anti-franquistas.

Nuestros medios de agitación y propaganda son limitados. Sin embargo, hay un inmenso amplificador para nuestros llamamientos, para la difusión de nuestras ideas. Es la labor de esclarecimiento que realizan miles de comunistas, aún no incorporados a las organizaciones regulares del Partido. Es, además, la labor de miles de trabajadores y trabajadoras conscientes, que aprovechan cada día y cada hora libre para difundir la verdad, para explicar lo que la prensa oficial calla. En este sentido es inmensa la contribución de *Radio España Independiente* al debilitamiento de la dictadura y al restablecimiento de la democracia. Muchos comunistas despliegan gran iniciativa en la organización de la escucha de dicha Radio, unas veces en sus casas, otras en casa de los amigos. Tras de la escucha viene el comentario, las explicaciones, la discusión de los problemas existentes en la localidad. Es ésta una labor que puede y debe ampliarse y con la cual se orientan millones de españoles.

Con toda la importancia que la agitación y la propaganda tienen para elevar la conciencia de la clase obrera y de las masas

trabajadoras, para orientarlas en la lucha por sus reivindicaciones económicas y políticas, es claro que no pueden por sí solas asegurar el éxito de grandes acciones. Hace falta que junto a la agitación y la propaganda haya un trabajo concienzudo de organización, trabajo de las organizaciones del Partido y trabajo de cada uno de sus militantes. Hace falta, sobre todo, un gran trabajo de organización entre la clase obrera, la clase más consciente y combativa, capaz de arrastrar con su ejemplo a todas las demás fuerzas de la oposición.

Si en otras ciudades no se han producido todavía manifestaciones como las de Barcelona, Madrid o Valladolid, no es por falta de odio a la dictadura o porque se viva mejor. Los trabajadores sienten deseos de actuar en todas partes, porque en todas partes reina la miseria, de la que no es posible escapar ni con la jornada de sol a sol, en el campo, ni con la de 10 ó 12 horas en la fábrica. Las clases medias se arruinan bajo el peso insostenible de los impuestos. El funcionario, el estudiante, el intelectual no tiene mejor suerte en las pequeñas ciudades que en las grandes. El descontento es general y los deseos de hacer algo para poner fin a esta situación también. No hay ciudad donde no salten a diario chispazos de indignación popular, donde no haya infinitos motivos para la lucha.

¿Qué es, pues, lo que falta? Lo que falta es dar forma a este descontento general, organizar la lucha por las reivindicaciones más sentidas y, partiendo de éstas, impulsar el movimiento de masas. Esta tarea corresponde, en primer término, al Partido Comunista. Las demás fuerzas de oposición actuarán en la medida en que vean a las masas en movimiento, so pena de quedar aisladas, cosa peligrosa para todo partido u organización que aspire a jugar un papel en la política española.

**

En este sentido el Partido viene insistiendo desde hace años en la necesidad de utilizar las posibilidades legales. El que haya organizaciones que desde hace tiempo vienen aplicando con acierto esta justa orientación no debe llevarnos a pensar que para todos los comunistas está igualmente clara la necesidad de aprovechar hasta las más mínimas posibilidades legales para movilizar a las masas. Los límites de estas posibilidades no permanecen invariables, se amplían bajo la presión de las masas y como consecuencia del desarrollo de la situación política, del debilitamiento de la dictadura y del fortalecimiento de las corrientes de oposición. Allí donde las organizaciones del Partido han comprendido mejor esta cuestión se ha elevado la actividad de las masas. En cambio, donde nuestros camaradas siguen teniendo una actitud

sectaria, el descontento de los trabajadores se transforma en acción con más dificultades.

Sabido es el concepto que nos merece la « legalidad » franquista, basada siempre en el interés de los enemigos jurados de los trabajadores. Esa legalidad encubre las mayores arbitrariedades, la explotación más despiadada, la privación de derechos para la inmensa mayoría de los españoles. Los abusos más escandalosos contra el trabajador, contra las gentes modestas, y contra todos los que no pertenecen a la gran burguesía monopolista se cometen al amparo de una legalidad en la que no hay un grano de justicia para el pueblo. No puede, pues, extrañarnos que haya trabajadores conscientes, incluidos no pocos comunistas, para quienes sea difícil comprender la necesidad de utilizar las *posibilidades legales* en la lucha contra la dictadura.

Pero el hecho de que esta legalidad tenga un contenido profundamente reaccionario no significa que no haya en ella aspectos que pueden ser utilizados en beneficio de los trabajadores. Los hay, y la experiencia muestra que los trabajadores tienen que acogerse a ellos para luchar por mejores condiciones de vida. Son los franquistas los primeros en pisotear estos aspectos de su propia legalidad, en cuanto rozan lo más mínimo los intereses de la gran burguesía monopolista.

A partir de 1948, nuestro Partido, corrigiendo una actitud errónea en relación con los sindicatos verticales, ha llamado a los trabajadores y, en primer lugar, a los comunistas a utilizar ciertas posibilidades que se dan dentro de esta organización para luchar por la elevación de los salarios y otras reivindicaciones. Ello no significa de ninguna manera que hayamos dejado de ver el carácter fascista y, por consiguiente, antiproletario de tales sindicatos, monstruosa máquina burocrática, destinada a mantener atados de pies y manos a los trabajadores frente a sus explotadores. Por el contrario hemos considerado y seguimos considerando que la utilización de las posibilidades que se dan en estos sindicatos para la lucha por las reivindicaciones de los trabajadores es inseparable de la lucha por el derecho de éstos a tener verdaderos sindicatos de clase, acabando con la arbitrariedad que supone el que en una misma organización estén explotadores y explotados. El odio de los trabajadores a los sindicatos verticales está justificado y archijustificado.

Pero ¿es esto óbice para que se utilicen siempre que sea posible en la lucha contra la patronal y contra la dictadura? No, no lo es. Las organizaciones del Partido que han aplicado una orientación acertada conocen los resultados. No sólo han reforzado sus vínculos con las masas —y esto es lo principal—, sino que han ayudado a adoptar una posición de defensa de los trabaja-

dores a no pocos enlaces sindicales, miembros de jurados y funcionarios.

**

En este sentido, en algunos centros industriales se ha producido un cambio tanto en el trabajo del Partido como en la actitud de los obreros. Las mejores experiencias de los lugares que se destacaron durante años las vemos reproducirse en escala nacional. Entran en liza nuevos destacamentos de la clase obrera, que bajo el peso de la represión y formados por la incorporación de promociones de campesinos proletarizados, han tenido durante años muchas dificultades para emprender grandes acciones.

Crece el número de enlaces y miembros de los jurados que entre el miserable papel que les quiere hacer jugar el gobierno y el de verdaderos representantes de los trabajadores, escogen el segundo. Esto trae consigo para ellos amenazas e incluso la cárcel, pero, en cambio, se sienten apoyados por los trabajadores y ante ellos se abre la perspectiva de desempeñar un papel cada vez más importante en una verdadera organización sindical obrera.

Pasaron los tiempos en que los trabajadores sufrían en silencio. Ahora van a los sindicatos a reclamar que se cumplan los acuerdos adoptados por éstos, a exigir satisfacción a sus justas reivindicaciones. Las reuniones de los jefes sindicales, lacayos del gobierno, son cada vez menos plácidas. Acosados por las demandas de los trabajadores, les es cada vez más difícil salir del paso con promesas demagógicas.

En la base de estos cambios está la actividad del Partido, la justeza de su política y la capacidad de sus organizaciones para aplicarla con espíritu de iniciativa en las condiciones concretas de cada provincia, de cada localidad y de cada empresa.

Pero hay todavía muchos camaradas que se mantienen aislados de las masas en unos momentos en que éstas buscan con más interés que nunca la voz y la orientación del Partido. ¿A causa de lo que han sufrido en el pasado? En parte, sí. Pero también porque aun no hemos acertado a hacerles ver con la debida claridad las posibilidades de trabajo que hoy existen, que son muchas, y de cuyo aprovechamiento depende el desarrollo de la lucha de masas y el fortalecimiento del Partido.

¿En qué fábrica no es posible ponerse de acuerdo con ciertos enlaces y miembros de jurados para exigir satisfacción a las reivindicaciones obreras? ¿En qué mina no hay un motivo sentido por todos para presentar la consiguiente reclamación? ¿En qué obra no se pueden recoger firmas al pie de una petición, o de una reclamación?

Y no sólo en los centros industriales. Tras de la clase obrera, tras de los centros industriales, se van poniendo en movimiento

los millones de obreros agrícolas y de campesinos, cansados de pasar calamidades, hartos de escuchar promesas de la camarilla entronizada en el poder. En los pueblos existe un descontento no menor que en las ciudades. No faltan los motivos para organizar la acción. Los motivos, y gentes de diferentes ideas, de izquierda y de derecha, dispuestos a hacer algo útil para poner freno a las arbitrariedades del gobierno. En unos casos, es la indignación por la subida de los impuestos; en otros, la protesta por el escándalo que supone el que el aceite de oliva vaya a Estados Unidos, mientras en España hay que consumir a un precio inaccesible el aceite de soja; en todos, por el incumplimiento de las bases de trabajo, ya de por sí terriblemente injustas.

El movimiento de masas, fruto en buena parte de la labor de años de nuestro Partido, es a su vez la base para que el Partido siga desarrollándose. Su fortalecimiento en el triple aspecto ideológico, político y orgánico tenemos que verlo en relación estrecha con la acción, con la movilización y la lucha de la clase obrera y las masas trabajadoras.

En el Pleno del Comité Central fué refutada como correspondía la idea profundamente errónea según la cual primero se debe organizar el Partido, y, una vez que éste sea fuerte, ir a la organización de las luchas de las masas. No, el desarrollo de la organización del Partido y su actividad entre las masas no pueden verse como dos etapas diferentes. Esta división llevaría a reunir un número más o menos grande de comunistas que, en el mejor de los casos, vegetarían al margen de la vida real, sin perspectivas y sin cumplir la función de vanguardia que corresponde al Partido.

Se podría dar el ejemplo de diferentes lugares donde el Partido ha multiplicado sus efectivos en un período relativamente breve. Este desarrollo se debe en primer término, a que los dirigentes de estas organizaciones están ligados a las masas, conocen a los obreros que se destacan en la acción, explican a éstos la política del Partido y crean así las condiciones para que los más conscientes ingresen en nuestras filas.

**

El Partido Comunista, partido de la clase obrera, se ha distinguido siempre por su atención hacia los campesinos, esta gran masa de trabajadores cuyo peso puede volcar de uno u otro lado la balanza de la política española. La preocupación por los problemas de los campesinos, por sus aspiraciones y necesidades, es consustancial con la naturaleza y con los objetivos mediatos e inmediatos del Partido. No es casual que la primera reforma agraria digna de este nombre fuera obra de los comunistas, y no, por

ejemplo, de los ministros socialistas que habían gobernado en condiciones infinitamente más favorables.

Los comunistas afirmamos que la clase obrera sólo puede desempeñar su papel de vanguardia en la lucha por la democracia y el socialismo en estrecha alianza con los campesinos. Y a forjar esta alianza, a crear y fortalecer los lazos de amistad y solidaridad entre los obreros y los campesinos, dirigimos nuestros mayores esfuerzos. Esto no es una cuestión de táctica, sino una posición de principio que se halla reflejada en nuestro Programa y en toda nuestra política.

Pero no basta una política y un programa justos para impulsar el movimiento campesino. Se necesita, además, una buena organización del Partido. La organización del Partido en el campo es una condición decisiva para que el movimiento campesino transcurra por cauces verdaderamente democráticos, para que los campesinos secunden la lucha de los obreros de la misma manera que éstos deben defender las reivindicaciones de los campesinos.

¿Cómo impulsar el desarrollo del Partido en el campo? Es claro que esta labor de organización del Partido entre los campesinos tiene que estar ligada a la aplicación de nuestra política agraria, a la lucha en defensa de los campesinos.

Entre los campesinos, aparte la organización regular del Partido, hay miles de comunistas en lo que el camarada Carrillo llama en su informe ante el Pleno del Comité Central organizaciones irregulares, grupos y militantes dispersos. No son sólo los viejos militantes del Partido que a través de los años se han mantenido fieles a la causa del comunismo. Son, además, muchos jóvenes que se han hecho comunistas bajo el fascismo. Entrar en relación con esta fuerza, darle cohesión y dirigirla, es una de las tareas más importantes que el Partido tiene planteadas en la presente etapa.

Pero, ¿cómo llegar a estos camaradas? Es claro que en muchos casos hay que apoyarse en los viejos camaradas. El inconveniente con que se tropieza es que habiendo sido éstos duramente golpeados por la represión y siendo muy conocidos, no siempre están en condiciones de encabezar el trabajo de organización del Partido. Su incorporación al trabajo no puede realizarse de manera formal, sino con una labor política que les permita comprender los cambios que se han producido en la situación, que les oriente a desarrollar una actividad entre las masas de acuerdo con su estado de ánimo.

Pero sin subestimar la ayuda que pueden prestar los viejos camaradas, es necesario apoyar cada vez más el desarrollo de la organización del Partido en el campo en quienes mantienen una ligazón efectiva con los campesinos, están en condiciones de orientar a éstos y comprenden la necesidad de trabajar en las Her-

mandades y otros organismos legales. Es necesario descubrir en cada caso los hombres capaces de organizar y dirigir las luchas de los campesinos en estas condiciones.

Ha habido en la emigración algún camarada que se ha extrañado de que en España pueda haber grupos de militantes sin relación con el Comité Central, pareciéndole cosa rara que se hable de « organizaciones irregulares ». Hay que estar muy lejos de la realidad para sentir tal extrañeza, pues es claro que mientras exista la dictadura habrá grupos de camaradas sin una relación regular con la dirección del Partido. Es lógico, además, que este fenómeno se dé más ampliamente en las regiones agrícolas, donde por razones fáciles de comprender es más difícil el funcionamiento regular del Partido. Los resultados que se van obteniendo en las regiones agrícolas muestran, no obstante, que es completamente posible desarrollar la organización del Partido, apoyándose para esta labor en los camaradas que verdaderamente sienten y comprenden esta necesidad.

*

**

En el aspecto orgánico como en cualquier otro las tareas del Partido tenemos que verlas en relación con el desarrollo de la situación política, cuyo ritmo se ha acelerado mucho últimamente. Si es verdad que no podemos dejarnos llevar de la impaciencia en nuestro trabajo ni olvidar que en nada hay que ser más cuidadosos que en lo concerniente a la organización del Partido, ver- extender dicha organización, para lograr que no haya centro importante donde los comunistas no estén a la cabeza de las luchas de la clase obrera y de las masas populares. No se trata de aumentar *como sea* el número de militantes, sino de estudiar dónde es más necesario volcar el esfuerzo de organización, en qué lugar es más urgente y necesario que el Partido esté organizado. La fuerza del Partido no puede verse sólo en el número de sus militantes, sino en su capacidad para movilizar, organizar y dirigir a la clase obrera y a las masas para la lucha.

Lo que hace fuerte a una organización del Partido es su penetración con la línea política del mismo y su agilidad para hallar los métodos y formas de lucha más acordes con el estado de ánimo de las masas. Lo que hace fuerte a una organización del Partido es su preparación política e ideológica para comprender los acontecimientos nacionales e internacionales. Lo que hace fuerte a una organización del Partido es la iniciativa y la audacia de sus dirigentes y de sus militantes, su tacto e inteligencia para establecer acuerdos con otras fuerzas a fin de impulsar la lucha contra el franquismo. Lo que hace fuerte a una organización del Partido es su sensibilidad política para captar las reacciones de

la clase obrera y del pueblo ante los abusos de los franquistas, para seguir el desarrollo de la crisis de la dictadura, para escoger en cada momento el eslabón al que agarrarse para impulsar la acción de las masas. Y lo que, por encima de todo, hace fuerte a una organización del Partido, es su unidad monolítica, su disciplina y su firmeza revolucionarias.

El Pleno del Comité Central ha destacado la necesidad de esforzarnos constantemente en elevar el nivel ideológico del Partido, ligando el estudio de la teoría a la actividad entre las masas. Y hay que decir que por parte de muchos cuadros y militantes existe un verdadero interés en mejorar su preparación teórica, conscientes de que ello es esencial para dirigir con acierto la lucha de la clase obrera y de las masas, para comprender los problemas que la lucha plantea. El estudio del marxismo-leninismo es tanto más necesario por cuanto que al Partido se incorporan en la actualidad nuevas fuerzas que llegan al comunismo a través de un camino extremadamente difícil, jóvenes que han tenido que encontrar la verdad bajo el peso, no sólo del terror fascista, sino de una propaganda tan ferozmente reaccionaria como rica en medios de difusión. La sed de conocimientos de estas nuevas promociones de comunistas muestra elocuentemente el caudal de energías revolucionarias contenido en la juventud trabajadora y estudiantil de nuestro país.

Por otra parte, los comunistas tenemos que desarrollar nuestra política de alianzas en condiciones objetivas muy complejas, en medio del hundimiento de la estructura política fascista y del surgimiento de una nueva estructura política democrática. En estas condiciones, una débil formación política e ideológica puede llevar, por ejemplo, a ver en la política de reconciliación una renuncia a la lucha de clases. Y partiendo de esta apreciación falsa se llega a uno de estos dos errores: o se está contra la política de reconciliación nacional, en nombre de la « pureza » de los principios, o se la acepta como si se tratara de la colaboración de clases, lo que lleva de cabeza al oportunismo socialdemócrata.

El Partido ha dicho claramente que reconciliación nacional no significa renuncia a la lucha de clases, sino la base sobre la cual es posible unir el máximo de fuerzas en la lucha contra la dictadura, el camino para conseguir que los cambios democráticos que España necesita transcurran sin guerra civil y sin nuevos derramamientos de sangre. Lejos de negar la lucha de clases de lo que se trata es de asegurar que ésta se desarrolle por cauces democráticos, de que todos los Partidos, y clases por ellos representadas, tengan libertad para defender sus intereses. Nada tiene de común dicha política, que corresponde plenamente a los intereses de la clase obrera y de las masas trabajadoras con la política

defendida en otros tiempos por otros Partidos que no tendía ni mucho menos a unir fuerzas contra la dictadura, sino a sacrificar los intereses de las masas populares en favor de una solución reaccionaria. Y de aquí que esa política empezara y terminara con el anticomunismo, o sea, con la división y no con la unión de todas las fuerzas antifranquistas.

Tan convencidos como de la justeza de la línea política del Partido hemos de estarlo de que en su aplicación seguiremos tropezando con la resistencia, no sólo de Franco y su camarilla, sino de todos los que quieren burlar los anhelos de libertad del pueblo y conservar el máximo posible de los resortes de poder de la dictadura. Seguiremos encontrando la resistencia de quienes acusan al Partido Comunista de no ser un Partido democrático a sabiendas de que mienten y con la esperanza de poder aislarnos. Seguiremos encontrando la resistencia de quienes prefieren que España siga bajo el yugo fascista y expuesta a todos los daños y peligros que hace pesar sobre ella la dominación norteamericana, antes que llegar a un entendimiento con los comunistas. Seguiremos encontrando la resistencia de quienes fingen no enterarse de que el Partido Comunista es hoy, y lo será cada día más, una fuerza nacional de primera importancia sin la cual, y menos aún contra la cual, no es posible sacar al país del abismo de miseria y ruina en que lo han sumido veinte años de dictadura fascista.

Pero estas resistencias podemos vencerlas y las venceremos fortaleciendo constantemente el Partido, estrechando su ligazón con la clase obrera y con las masas trabajadoras, aplicando con espíritu de iniciativa su línea política e inspirándonos en todo nuestro trabajo en la justa teoría del marxismo-leninismo.

Nuestra táctica a la luz de ciertas enseñanzas de Lenin

LA prensa franquista ha intensificado considerablemente en el último período su preocupación por la actividad y la política del Partido Comunista. Se acabó ya la táctica del silencio en esa materia. La realidad ha barrido las reiteradas alegaciones de Franco de que había « acabado con el comunismo » en España. Hoy la prensa, por orden gubernativa, tiene que polemizar directa, nominalmente, con los documentos hechos públicos por nuestro Partido. Pocos escritos políticos habrán merecido, por parte de la prensa oficial, un volumen de comentarios, citas, referencias, tan cuantioso como la Declaración de nuestro Buró Político del 9 de febrero de este año.

Este hecho demuestra, en primer lugar, el eco, las repercusiones que tienen hoy las posiciones políticas del Partido Comunista en las más amplias masas de la población. Es sintomático que la respuesta que la propaganda oficial da a la política del Partido Comunista se dirige principalmente a la burguesía. Ello muestra que el régimen es consciente de la penetración de nuestras ideas en ciertos sectores burgueses; de la adhesión de algunos de dichos sectores a planteamientos políticos formulados por el Partido.

A esos sectores burgueses, la propaganda oficial les dice, con unas u otras palabras: « los comunistas son seres maquiavélicos, que ahora ofrecen apoyar a un gobierno liberal, pero que sólo buscan con eso **engañar** a los burgueses ingenuos; su meta sigue siendo el socialismo, la revolución, el caos, el desorden, etc., etc. »

Vayamos por partes en el examen de esa campaña franquista: por un lado hay en ella un homenaje indirecto, involuntario —envuelto en un cúmulo de mentiras y calumnias— pero no por ello menos real, a la consecuencia política de los comunistas. Es verdad que los comunistas jamás hemos abandonado ni jamás abandonaremos la meta para cumplir

la cual ha nacido el Partido: el socialismo, y después su fase superior, la sociedad comunista.

Pero eso no sólo es verdad, sino que los comunistas jamás lo hemos escondido, ni jamás lo esconderemos. La lucha por el socialismo es la razón de ser del Partido Comunista. En cada etapa del desarrollo democrático de nuestro país, nosotros vemos pasos, más o menos importantes, por la ruta que conduce a España al esplendoroso porvenir socialista. Mientras luchamos por un objetivo parcial (como hoy el de derribar la dictadura franquista), los comunistas nunca olvidamos ni **NUNCA DEJAMOS DE AFIRMAR** nuestro objetivo final: el comunismo.

Esa realidad echa por tierra el pretendido « maquiavelismo » que se nos imputa en las columnas de la prensa oficial, y también en otros lugares.

Se nos atribuye el designio de querer « engañar » a la burguesía. Tal acusación es poco seria. No negamos que el engaño pueda desempeñar en política un determinado papel. A él recurren las clases caducas, que no tienen porvenir, para intentar prolongar su dominación. Estas, empleando a su servicio el aparato estatal, la prensa, la radio, etc., consiguen efectivamente engañar en no pocos casos a una parte de las masas trabajadoras. Pero los resultados que se obtienen mediante el engaño siempre son efímeros, pasajeros.

La política de los comunistas, por el contrario, es pública, sincera, clara. Nuestros hechos corresponden siempre a nuestras palabras. Nosotros sabemos que las leyes objetivas del desarrollo de la sociedad conducen al triunfo de nuestro ideal. Para derribar los obstáculos que frenan la acción de estas leyes, nuestra gran tarea consiste en elevar la conciencia de las masas, en hacer que éstas tomen en sus manos el cumplimiento de su misión histórica. Por eso nuestra política se basa en la verdad, en la realidad objetiva. No confiamos en el engaño, sino en la razón, en la fuerza de nuestra causa y de nuestras ideas.

Es cierto que, en ciertas condiciones, cuando la violencia terrorista de las clases opresoras impide la libre actuación de los partidos democráticos y progresivos (como ocurre hoy en España) nos vemos constreñidos a la acción clandestina, la cual exige evidentemente la disimulación y el engaño. En esas condiciones, no buscadas por nosotros sino que nos son impuestas, los comunistas empleamos el engaño porque sin ello no podríamos luchar eficazmente en defensa de los intereses de la clase obrera y del pueblo. Y lo mismo tienen que hacer todas las fuerzas de oposición que actúan clandestinamente.

Basta reflexionar un poco para comprender que los principios mismos del materialismo histórico son incompatibles con la idea de que un « engaño » pueda determinar la actitud de una clase social. Si efectivamente la política de la burguesía, o de otra clase, dependiese de un engaño, el curso de la historia se hallaría determinado por una serie de contingencias puramente casuales. Caeríamos en una interpretación idealista vulgar de la historia, de la vida social, lo cual equivaldría a una renuncia a las bases filosóficas del marxismo-leninismo.

¿En qué se basa pues el Partido Comunista cuando propone, y se esfuerza por conseguir, alianzas políticas, compromisos, entre la clase obrera y otras capas de la sociedad, en la lucha por alcanzar tales o cuales objetivos?

Algunas de las cuestiones que suscita esta pregunta van a ser examinadas en las páginas siguientes.

I

Los comunistas no concebimos la lucha por el socialismo como una cosa desligada de la lucha por la democracia.

« **Quien quiera ir al socialismo por otro camino que no sea el del democratismo político, llegará infaliblemente a conclusiones absurdas y reaccionarias, tanto en el sentido económico como en el político** », escribe Lenin en su libro « Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática ».

Se puede recordar a este respecto que esta filiación entre la democracia y el socialismo había sido en cierta medida anunciada por el político monárquico español Cánovas del Castillo, el cual declaró en las Cortes el 8 de abril de 1870: « **El socialismo es hijo legítimo e inevitable del sufragio universal** ».

Desde que se creó el marxismo, éste ha sentado el principio de que la clase obrera, en las diversas etapas de su avance hacia el socialismo, puede y debe contar, como **ALIA-DOS**, con otras clases o capas de la sociedad. A este problema está dedicado precisamente el capítulo IV del **MANIFIESTO COMUNISTA** de Marx y Engels.

Esta concepción separó desde el comienzo al marxismo de las concepciones putchistas del blanquismo: « **Los comunistas alemanes son comunistas** —escribió Engels en 1874 en un artículo criticando a los blanquistas publicado en el periódico **Volksstaat**— **porque, a través de todas las etapas intermedias y de todos los compromisos CREADOS NO POR ELLOS, SINO**

POR LA MARCHA DEL DESARROLLO HISTORICO, ven claramente y persiguen constantemente su objetivo final: la supresión de las clases y la creación de un régimen social en el cual no habrá ya sitio para la propiedad privada de la tierra y de todos los medios de producción ». (El subrayado es mío. — J.D.).

Por lo tanto, la idea de que la clase obrera necesita establecer ciertos compromisos y alianzas con otras fuerzas, no es una cuestión secundaria para nosotros. Es una cuestión esencial, de principio. Dimana de nuestra concepción científica del devenir histórico. Lenin ha dicho rotundamente que quien no comprende la necesidad de utilizar las grietas entre los enemigos, y de aprovechar las posibilidades de conseguir aliados, aunque sean temporales, « no comprende ni una palabra de marxismo, ni de socialismo científico contemporáneo, en general. »

Esas alianzas, posibles, necesarias, entre la clase obrera y otras clases y capas de la sociedad, no se basan en que la clase obrera « engañe » a los otros sectores. Se basan en que existen objetivamente (o sea, independientemente de la voluntad de unos u otros) intereses comunes cuya obtención responde a las necesidades a la vez de la clase obrera y de otras capas sociales.

La determinación, en cada etapa de la revolución, de cuales pueden ser los aliados del proletariado, es una cuestión esencial de la estrategia y de la táctica del partido marxista. Ello exige decidir en cada momento histórico contra quién debe ir enfilado el GOLPE PRINCIPAL y cuáles son las otras fuerzas que pueden acompañar al proletariado, aliarse con él, para dar ese golpe al enemigo principal.

Estas alianzas pueden ser de muy diversa índole (más o menos duraderas, más o menos sólidas, en torno a objetivos más o menos importantes...) en función de las condiciones concretas que se den en un país determinado, de la correlación de fuerzas tanto en la escala mundial como nacional.

Lenin ha insistido constantemente en que no existen normas rígidas para definir cuáles pueden o deben ser los aliados del partido del proletariado; en que cada partido debe determinar su táctica de una forma ágil y flexible.

« Lo único que hace falta para que marchemos hacia la victoria —dice Lenin en su libro *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*— más firmemente y más seguros, es que los comunistas de todos los países actuemos en todas partes y hasta el fin, guiados por la convicción de la necesidad de una **FLEXIBILIDAD** máxima en nuestra táctica ». (el subrayado es de Lenin.)

En las intrincadas condiciones actuales de España, nuestro Partido aplica los consejos de Lenin.

La adopción de una táctica acertada exige, en primer lugar, que se conozcan y se tengan muy en cuenta las condiciones reales de la situación objetiva en nuestro país. Esa realidad objetiva la interpretamos y sacamos de ella las conclusiones políticas pertinentes aplicando la teoría marxista-leninista. Aplicar la teoría significa ser fieles a sus principios, y a la vez emplearlos de una forma creadora. La teoría marxista no es inmutable, no es un dogma, es una ciencia en desarrollo, es un guía para la acción. Y en el proceso de su misma aplicación, se enriquece y se modifica. La teoría ilumina la práctica, la acción del partido. A su vez la práctica, la acción, enriquecen la teoría. Hay entre ambas una interacción dialéctica. La unidad de la teoría y de la práctica revolucionarias es el hilo conductor del partido del proletariado.

Así, los cambios tácticos introducidos por el Comité Central en la política del Partido Comunista de España, al definir la política de reconciliación nacional, se deben sobre todo, en nuestra opinión, a los siguientes factores:

— los cambios que se han operado en la situación objetiva de España;

— el enriquecimiento de los principios marxistas-leninistas con las nuevas tesis aprobadas en el XX Congreso del P.C.U.S.;

— los progresos de nuestro Partido en la generalización de la experiencia del movimiento obrero español y en la aplicación creadora del marxismo-leninismo a las condiciones de nuestro país.

II

S I examinamos la disposición de las fuerzas de clase en la estrategia que aplica hoy nuestro Partido, y comparamos ésta con la que fué definida por Lenin en 1905 para la revolución democrático-burguesa, aparecen inmediatamente los rasgos comunes:

a) El aliado principal de la clase obrera en la revolución democrática son los campesinos. Toda la política de nuestro Partido se basa en ese principio.

b) La hegemonía en la revolución democrático-burguesa, en la actual época histórica, corresponde a la clase obrera. Ese principio leninista, confirmado en la realidad española, constituye un firme cimiento de la estrategia de nuestro Partido.

Sin embargo, existe un punto en el que hay una diferencia clara entre el esquema estratégico trazado por Lenin en 1905 y la política de nuestro Partido: en lo referente al papel de ciertos sectores de la burguesía. Lenin, refiriéndose a la burguesía liberal rusa de aquella época, planteaba que debía ser aislada, derrotada, neutralizada. Nuestro Partido preconiza en la etapa actual un compromiso, un acuerdo entre la clase obrera y la burguesía no monopolista.

Al preconizar esta alianza ¿somos o no fieles al leninismo? Es ésta una cuestión que lógicamente puede preocupar a ciertos camaradas.

Algunas personas que miran los problemas políticos muy por encima asimilan el oportunismo al hecho de concertar una alianza con la burguesía. Eso es completamente falso. Lenin ha combatido con la mayor energía esa concepción « izquierdista ».

El oportunismo depende, no del hecho en sí de que se concierte un acuerdo con la burguesía, sino de que ese acuerdo sea o no favorable a la clase obrera en su lucha por el socialismo; de que ese acuerdo eleve o no la conciencia y la fuerza de la clase obrera; de que ese acuerdo responda o no a las necesidades objetivas del desarrollo social...

En este orden, conviene precisar muy bien lo siguiente: Si Lenin se pronunció en 1905 **CONTRA** la alianza con la burguesía liberal, **NO LO HIZO POR RAZONES DE PRINCIPIO**, sino por las condiciones concretas que reinaban en Rusia. Entonces estaba planteado objetivamente en Rusia el problema del triunfo de la revolución democrática y del establecimiento de la República. La burguesía liberal a la que se refiere Lenin era la gran burguesía rusa, la cual buscaba un acuerdo con el absolutismo zarista para aplastar el movimiento revolucionario y obtener ciertas ventajas en su provecho.

La prueba más fehaciente de que la oposición de Lenin en 1905 a un acuerdo con la burguesía no era una posición de principio, es que en varios períodos Lenin ha sido partidario de diferentes compromisos y acuerdos con sectores burgueses, en diversas circunstancias, para alcanzar determinados objetivos.

« Los socialdemócratas revolucionarios de Rusia — escribe en *La enfermedad infantil...* — aprovecharon antes de la caída del zarismo frecuentemente la ayuda de los liberales burgueses, es decir, contrajeron con ellos innumerables compromisos prácticos, y en 1901-1902, aun antes del nacimiento del bolchevismo, la antigua redacción de *ISKRA* (en la que estábamos Plejánov, Axelrod, Sasúlich, Márkov, Pótresov y yo) concertó (no por mucho tiempo, es verdad) una alianza política formal

la posibilidad de un acuerdo entre la clase obrera y la burguesía no monopolista para la lucha conjunta contra el poder de los grandes monopolios.

Por eso, si en épocas anteriores han existido posibilidades de alianzas entre el proletariado y la burguesía sobre una base antifeudal, hoy existe la posibilidad de alianzas, sobre una base antimonopolista, entre la clase obrera y la burguesía no monopolista.

En un país como España, en el que perduran aún fuertes restos feudales, la posibilidad de un acuerdo entre la clase obrera y la burguesía no monopolista dimana de las dos causas indicadas; o sea, que puede tener esa doble base, antifeudal y antimonopolista.

III

AL mismo tiempo, Lenin establece de un modo tajante la distinción entre los compromisos oportunistas, de traición, y los compromisos justos, necesarios, que sirven a la revolución.

¿Existen fórmulas rígidas que permitan hacer esa distinción como si se tratase de aplicar un reactivo químico? No. En política las cosas son más complicadas. Lenin en esa materia no da recetas fijas, porque no las hay. Pero de sus enseñanzas, de las experiencias del movimiento obrero internacional, dimanar algunos principios fundamentales que constituyen una orientación valiosa para todos los partidos revolucionarios en el establecimiento de su táctica.

Uno de estos principios es el de que el partido marxista, para no caer en el oportunismo, debe conservar, en todas las situaciones, su plena independencia política, su autonomía, su derecho a criticar y a denunciar lo que de negativo haya en la conducta de sus eventuales aliados. Este principio ha sido planteado ya por Marx y Engels. En él ha insistido Lenin en diferentes ocasiones.

El Partido Comunista de España ha tenido en cuenta y tiene hoy en cuenta ese principio como un elemento fundamental de su política. Nunca deja de fijar su posición, ante los problemas que surgen, en función de su ideología marxista-leninista, en función de los intereses de la clase obrera, la cual encarna hoy además los del pueblo y la nación.

Ello llevará lógicamente al Partido, como ya ha ocurrido en otras épocas, a tener que criticar tales o cuales actitudes de fuerzas con las cuales se halle eventualmente aliado. En

el caso de un acuerdo con un sector de la burguesía, es lógico que esa necesidad se haga sentir con particular fuerza. Concebir una alianza como una renuncia a la crítica mutua, a la polémica ideológica entre las fuerzas aliadas, es un concepto estrecho, superficial, no marxista.

En el marco de una alianza en la que están integradas diversas clases o capas sociales, creada para cubrir una etapa histórica dada, es ineludible que continúe la lucha política, no sólo de los grupos aliados contra sus enemigos exteriores, sino también entre los mismos grupos o clases aliados. Lo que ocurre es que las clases o capas aliadas concentran sus golpes principales contra el enemigo común, cuya derrota es el objetivo de la alianza; la lucha entre los aliados, por el contrario, se desarrolla de otra forma, pues éstos no pueden dejar de tener en cuenta sus comunes intereses en la batalla principal entablada en ese momento.

En el desarrollo de nuestra política de reconciliación nacional, se tiene que operar ese doble proceso dialéctico: de un lado alianza entre las diferentes clases desde la clase obrera hasta la burguesía no monopolista; de otro lado, continuación de cierta lucha económica, política, ideológica, entre esas clases (y sobre todo entre la clase obrera y la burguesía no monopolista) pese a su alianza, en el seno mismo de su alianza.

Conviene dejar sentado además que esto es así por causas mucho más fuertes que nuestra propia voluntad. El fondo de la cuestión reside en que la lucha política es una expresión de la lucha de clases.

Una visión muy ligera de las cosas podría llevar a considerar la política de reconciliación nacional como una renuncia, o por lo menos una interrupción de la lucha de clases. Tal idea es completamente falsa. Y no sólo es falsa, sino que puede ser muy nociva. La raíz ideológica de algunas incomprendiones o confusiones que han surgido en ciertos camaradas acerca de la política de reconciliación nacional reside en que no han percibido bien el carácter contradictorio, dialéctico, que reviste necesariamente toda política de compromisos entre la clase obrera y ciertos sectores burgueses. O sea, que no han comprendido la relación que existe entre la política de reconciliación nacional y la lucha de clases.

Algunos camaradas, razonando de una forma superficial, caen sin darse cuenta en actitudes que tienen un fondo metafísico. « O nos entendemos con la burguesía —piensan— o nos enfrentamos con la burguesía. O nos aliamos con fuerzas conservadoras, o luchamos contra ellas. » Ven las dos opciones en términos absolutos. « Si nos entendemos con un sector burgués —piensan— eso significa que no podemos A LA

VEZ enfrentarnos con él. Si nos aliamos con una fuerza conservadora, eso implica que negamos o borramos las diferencias que nos separan de esa fuerza conservadora... »

Esa forma superficial, metafísica, de razonar, puede bifurcar en dos direcciones, una y otra errónea y peligrosa:

a) En sectores que están sometidos a la presión de la burguesía, puede derivar hacia una interpretación oportunista de la política de reconciliación nacional, lo cual implica una anulación o un rebajamiento del papel de la clase obrera y de su partido. Ello puede traducirse, por ejemplo, en el temor a defender conscientemente los intereses económicos de los trabajadores en ciertos casos; en el debilitamiento de la lucha ideológica en defensa de los principios marxistas-leninista frente a TODAS las concepciones burguesas, idealistas, etc., etc.

b) En los sectores proletarios que viven y padecen cada día de un modo más directo y brutal la explotación capitalista, esa interpretación puede provocar lógicamente reacciones sectarias, que pueden llevar hasta rechazar la política de reconciliación nacional, por creer que ésta niega la contradicción existente entre la clase obrera y toda la burguesía, incluida la no monopolista. Muchas veces esa actitud sectaria es, por lo tanto, la consecuencia directa de una interpretación oportunista de la política de reconciliación nacional.

El arma más eficaz para vencer tales incomprendiones, junto con las pertinentes explicaciones y discusiones políticas, es la realidad, la vida. La vida es dialéctica, radicalmente dialéctica.

Y la vida política de hoy muestra cómo, sin desaparecer las contradicciones entre los obreros y los burgueses, pueden surgir, y de hecho existen ya, importantes coincidencias y acuerdos entre la clase obrera, los campesinos, los intelectuales, y ciertos grupos de la burguesía, en la lucha conjunta contra la dictadura de Franco. ¿No es ésa precisamente una de las grandes lecciones que se desprenden de los boicots de Barcelona, Madrid, Valladolid, etc.?

En realidad, la política de reconciliación nacional dimana, no de un olvido o de un apartamiento de la lucha de clases, sino de las condiciones verdaderas, concretas, en que se desenvuelve hoy en España la lucha de clases.

Las clases existentes hoy en nuestro país no son sólo la clase obrera y la burguesía. La lucha de clases no es sólo la que entre ellas está entablada. Lucha de clases son también los conflictos, choques, contradicciones entre unos y

otros sectores de la burguesía, entre los campesinos trabajadores y los grandes latifundistas, entre la burguesía no monopolista y la oligarquía financiera, etc., etc.

Desde el punto de vista de la lucha de clases ¿qué significa la política de reconciliación nacional? Significa principalmente que todas las clases y capas de la sociedad, desde la clase obrera hasta la burguesía no monopolista, tienen hoy como ENEMIGO PRINCIPAL, que a todas las oprime y explota —si bien en grado muy diverso— a la oligarquía financiera, y sobre todo a su Estado franquista.

La política de reconciliación nacional representa por lo tanto una forma original —y original no por la voluntad subjetiva del Partido Comunista, sino por las condiciones objetivas que reinan hoy en España— de la lucha de clases, en la cual el dispositivo de las fuerzas se presenta así: de un lado, la clase obrera, los campesinos, las clases medias, la pequeña burguesía y la burguesía no monopolista; de otro, la oligarquía financiera, en la que, como se sabe, están integrados elementos importantes de la aristocracia latifundista.

El hecho de que se llegue a un entendimiento sobre una base antimonopolista y antifeudal entre todas esas capas, desde el proletariado a la burguesía no monopolista, ¿significa que desaparecerá la contradicción entre los obreros y los capitalistas no monopolistas? De ningún modo. Tal contradicción no puede desaparecer más que con el triunfo del socialismo; lo que ocurre es que esa contradicción no desempeña el papel político PRINCIPAL, DETERMINANTE, en el momento actual. Dicha contradicción sigue manifestándose en diversos terrenos, económico, reivindicativo, político, ideológico, etc., pero actúa en el marco de los intereses comunes que pueden unir a los obreros y a los burgueses no monopolistas en la lucha mancomunada contra la oligarquía financiera, contra la dictadura franquista.

Por otro lado, la existencia de una coincidencia de intereses, en el período actual, entre las diferentes capas de la sociedad, desde la clase obrera hasta la burguesía no monopolista, en la lucha contra la dictadura franquista, los lazos que en el curso de esa lucha se puedan establecer entre las diversas fuerzas, crean condiciones objetivas favorables para que en el desarrollo futuro de la vida política, de la lucha de clases en España, puedan ser eliminados los métodos de violencia sangrienta, las guerras civiles.

Conviene recordar que la violencia ha sido el método al que han recurrido las fuerzas reaccionarias para oponerse al progreso democrático de nuestro país. España ha sido sumida en sangrientas guerras civiles PRINCIPALMENTE porque

la reacción ha podido engañar y emplear a su servicio a una parte del pueblo. En la medida en que la influencia de la reacción disminuye, se crea la posibilidad objetiva de que los cambios democráticos sean realizados de una forma pacífica. La política de reconciliación nacional, definida y preconizada por los comunistas, tiende precisamente a convertir esa posibilidad en realidad.

Sin embargo, no olvidamos que la violencia no depende tanto de la actitud de la clase obrera y de las fuerzas progresivas, sino sobre todo de las clases dominantes. Si éstas utilizan la violencia terrorista desde el Poder para impedir que el pueblo avance hacia la democracia y el progreso, es evidente que la clase obrera, las masas populares, las fuerzas democráticas, se verían forzadas a utilizar la violencia revolucionaria.

Otro factor importante, que pesa poderosamente en el sentido de propiciar el que los cambios puedan operarse en España de un modo pacífico, es la nueva correlación de fuerzas en la escala internacional, que dimana de la existencia de un sistema mundial socialista. En la medida sobre todo en que el campo socialista, encabezado por la U.R.S.S., y la lucha de todos los pueblos consigan alejar las amenazas de guerra, paralizar los planes agresivos del imperialismo y asegurar nuevos avances de la distensión internacional, se crearían condiciones más favorables para que la perspectiva de progresos pacíficos en España pueda ser una realidad.

IV

La experiencia española confirma que, para que diversos grupos políticos, diferentes capas sociales, puedan concertar entre sí un acuerdo, un compromiso, hace falta que cada uno de ellos obtenga cierto beneficio mediante ese acuerdo.

Lenin, que con tanta inteligencia supo aplicar esa vieja verdad en la lucha política, decía en septiembre de 1917, hablando de la eventualidad de un acuerdo de los bolcheviques con los mencheviques y socialrevolucionarios: « ¿Qué ganerían en ese « compromiso » las dos partes « contrapartidas » es decir los bolcheviques de una parte, y el bloque de socialrevolucionarios y de mencheviques de la otra? **SÍ LAS DOS PARTES NO GANAN NADA, EL COMPROMISO ES EVIDENTEMENTE IMPOSIBLE Y ES INUTIL HABLAR DE EL.** » (Artículo publicado en *Rabotchi Put* el 6-9-1917) (El subrayado es mío, J.D.).

Una de las características de los compromisos oportunistas es que se realizan en torno a objetivos en los que la clase obrera NO ESTA INTERESADA. Colocan así al proletariado al servicio de los intereses de la burguesía. El ejemplo clásico es el de la primera guerra mundial, en que los socialistas de la II Internacional se aliaron con sus respectivas burguesías para luchar en una guerra imperialista cuando el interés de los obreros era transformar esa guerra imperialista en una guerra civil, en revolución socialista, como hicieron los bolcheviques. En aquella situación, no había intereses coincidentes. El interés de la clase obrera era la lucha a fondo contra la política de la burguesía. El compromiso con la burguesía significaba la traición más vil a la clase obrera y al socialismo. La historia posterior de la II Internacional está salpicada de ejemplos de esa misma índole.

¿Cuáles son por el contrario las causas en virtud de las cuales el Partido Comunista de España considera que es factible, positivo, conveniente, hoy en España, un acuerdo de la clase obrera y de la burguesía no monopolista? Sin que nos sea posible entrar a fondo aquí en el estudio de este problema, sí queremos señalar algunos aspectos importantes:

Conviene recordar, en primer lugar, que la idea de concertar, en la lucha por la democracia, ciertos acuerdos con algunos sectores burgueses, no es nueva en nuestro Partido. Ha sido una realidad antes y durante nuestra guerra nacional-revolucionaria. En la aplicación de la política de Frente Popular, el Partido Comunista de España, con la ayuda de la Internacional Comunista, introdujo aportaciones nuevas, muy importantes, en la táctica de los partidos comunistas. Nuestro Partido ha sido el primer partido comunista (pues en los gobiernos populares establecidos en algunas provincias chinas liberadas por el Ejército Rojo Chino, en ciertas etapas de su heroica lucha, se dan en ese orden rasgos muy diferentes), que ha participado en un gobierno conjuntamente con otras fuerzas obreras (socialistas y anarquistas) y con fuerzas de la pequeña y de la media burguesía (1936-1939).

Después de la derrota de nuestro pueblo en la guerra, la posibilidad de continuar esa alianza se alejó. El régimen franquista consiguió durante un período el apoyo, o por lo menos la pasividad, de la burguesía. De un lado porque eliminó, por el exilio y la represión, a elementos burgueses progresivos. De otro, porque pudo ofrecer al conjunto de la burguesía grandes beneficios gracias a la feroz superexplotación de los obreros, al incremento de las exportaciones durante la segunda guerra mundial, etc. Pero esta fase hace ya bastante tiempo que ha pasado a la historia.

En cambio, ha ido cobrando en nuestro país una agudeza extraordinaria un proceso al que ya nos hemos referido: la diferenciación entre la gran burguesía monopolista y la burguesía no monopolista; la creciente contradicción entre los intereses de un pequeño puñado de grandes monopolistas financieros, y los de una extensa capa de burguesía pequeña y media que, sobre todo en un país poco desarrollado como España, desempeña un papel social importante.

Al mismo tiempo, se incrementó considerablemente la intervención imperialista extranjera, sobre todo de los EE.UU., en detrimento, no sólo del pueblo, sino también de muy amplios sectores burgueses españoles.

Estos procesos, en sus aspectos fundamentales económicos y políticos, han sido examinados de una forma profunda por la camarada Dolores Ibárruri, en sus informes ante el V Congreso del Partido y ante el Pleno del Comité Central de agosto de 1956. Han desembocado en una situación en que existen importantes objetivos, políticos y económicos, en los cuales coinciden objetivamente los intereses de la clase obrera, de los campesinos, de la pequeña burguesía y de otras capas burguesas no monopolistas.

El documento de nuestro Comité Central de junio de 1956 representa una aportación muy valiosa para la definición de esos objetivos comunes, de una plataforma política y económica de la reconciliación nacional. Numerosas tomas de posición posteriores, de diversas fuerzas políticas, en la emigración y en el país (católicos, liberales, etc.) confirman que existen en realidad esos objetivos comunes. Y que es posible, por lo tanto, llegar a un compromiso político entre la clase obrera y la burguesía no monopolista, no sobre la base de que la clase obrera abandone sus intereses propios y defienda los de la burguesía no monopolista; tampoco sobre una base contraria; sino sobre la base de la defensa en común de unos puntos programáticos mínimos en los que están interesadas todas las fuerzas españolas, desde el proletariado hasta la burguesía no monopolista.

Ese acuerdo que preconiza el Partido Comunista tiende a dirigir el GOLPE PRINCIPAL contra los grandes magnates de la oligarquía financiera que, entroncados con los residuos feudales, son los que utilizan como su instrumento estatal el régimen franquista, los únicos que se benefician de su política.

Tal acuerdo permitiría coaligar un volumen tal de fuerzas nacionales (incluidos sectores de las fuerzas armadas), permitiría crear un desequilibrio tal de fuerza entre la dictadura en ruinas y la oposición nacional, que el tránsito se podría

efectuar de un modo pacífico, ya que Franco y su camarilla podrían hallarse de hecho PRIVADOS DE LA POSIBILIDAD DE RECURRIR A LA VIOLENCIA contra la voluntad popular. La historia ofrece diversos ejemplos de tránsitos de ese género. En esencia eso es lo que le ocurrió a Alfonso XIII el 12 de abril de 1931, si bien con una serie de características diferentes de las que se dan hoy en España.

V

UNO de los rasgos que distingue una alianza injusta, oportunista, de una alianza justa, revolucionaria, según las enseñanzas del marxismo-leninismo, es el siguiente: el oportunista sacrifica los objetivos finales a los objetivos inmediatos. O sea, renuncia al socialismo con tal de obtener ciertas reformas en el marco de la sociedad capitalista. El revolucionario, el comunista, considera los objetivos inmediatos como pasos, etapas, en el progreso hacia la meta socialista; lo que en último extremo decide para él son los intereses de la lucha por el socialismo.

« Los comunistas —se dice ya en el MANIFIESTO COMUNISTA de Marx y Engels— luchan por alcanzar los objetivos e intereses inmediatos de la clase obrera; pero, al mismo tiempo, defienden también dentro del movimiento actual, el porvenir de este movimiento. »

Nuestra política de reconciliación nacional se basa en una actitud revolucionaria, marxista-leninista, ante el problema de los objetivos inmediatos y de los objetivos últimos de la clase obrera.

Al luchar por la reconciliación nacional, por un acuerdo que abarque incluso a la burguesía no monopolista, por una solución pacífica y democrática, por eliminar de la política española la violencia sangrienta, el terror, la guerra civil, ¿renunciamos los comunistas a la lucha por el socialismo? ¿Nos alejamos del socialismo? No. El triunfo de nuestra política de reconciliación nacional crearía indiscutiblemente en nuestro país condiciones más favorables, en todos los órdenes, para la realización de la revolución democrática, premisa necesaria para preparar un avance ulterior hacia el socialismo.

Con nuestra táctica actual, se acrecen las fuerzas de la clase obrera, se eleva su conciencia. La realización del programa mínimo por el que hoy luchamos dará a la clase obrera libertades importantes para su organización, tanto en el plano sindical como político. La propagación de las ideas socialistas,

el conocimiento de las realidades grandiosas de la U.R.S.S., de China, de todos los países socialistas, podrá alcanzar una gran extensión. Hoy, pese a la dictadura, existe un amplio ambiente de simpatía, en diversas capas de la sociedad, hacia la causa del socialismo. El propio señor Pedro Gual Villalbí, hoy Ministro, lo registraba en los siguientes términos en la conferencia que pronunció el 18 de enero de 1955, ante la Asociación de Ingenieros Industriales: « **Ahora está de moda —dijo— entre los intelectuales, y desgraciadamente bastante adentrada, ser comunista o comunistoide. Unos lo manifiestan abiertamente; OTROS LO TIENEN EN SU MENTE;** ambos creen que ésta es la última palabra de la moda en materia político-social. »

Ese ambiente, en unas condiciones de libertad, podrá plasmarse en formas concretas, orgánicas, y representar un peso político considerable en la vida política nacional.

En el centro de los compromisos que los comunistas proponemos a otras fuerzas políticas, está la demanda de que se liquide la política de guerra civil y represión, y de que se devuelvan al pueblo las libertades de prensa, de palabra y de asociación. Este es hoy un anhelo unánime de la aplastante mayoría de los españoles. Pero es obvio que las diferentes capas de la sociedad no harán uso de esas libertades para defender las mismas ideas. Las libertades indicadas permitirán un público contraste de opiniones entre las diferentes fuerzas políticas que existen en España. Los comunistas deseamos ardientemente ese diálogo público. Tenemos plena confianza en que, en un clima de libertad, de convivencia civil, nuestras ideas lograrán una fuerza considerable. Para los comunistas, cualquier paso positivo en la vía del restablecimiento de las libertades democráticas, tiene una importancia primordial. No sólo porque ello responde a un anhelo apremiante de las masas, sino porque a la vez ha de permitir que las ideas del socialismo, ferozmente perseguidas a lo largo de 18 años, puedan iluminar el pensamiento de innumerales españoles, entre la clase obrera, los campesinos, los intelectuales y otras capas de la sociedad.

Es natural que ciertas personas se pregunten hasta qué punto puede ser duradero el acuerdo de la clase obrera con la burguesía no monopolista, que está implícito en nuestra política de reconciliación nacional. Sin caer en el terreno peligroso de la especulación, sí cabe decir que los comunistas no concebimos ese acuerdo como una cosa efímera, derivada exclusivamente de la presente necesidad de luchar contra la tiranía de Franco. Creemos que, una vez derribado el régimen, España se hallará ante la gran tarea de llevar a término

su revolución democrática. En ello están interesados, junto con la clase obrera y los campesinos, importantes sectores burgueses. La burguesía no monopolista española ha conocido la experiencia de casi 20 años de fascismo. El balance ha sido negativo para ella. Ha comprobado que el fascismo no le sirve a ella, sino a los grandes monopolios.

Otro factor importante es que la revolución democrática en España, en su fase presente, transcurre en una época de la historia del mundo en que existe un sistema mundial socialista, y en que las ideas del socialismo ejercen una atracción gigantesca —y que crecerá cada vez más— sobre muy amplias capas de la sociedad.

La experiencia china —analizada por el camarada Santiago Carrillo* en este mismo número de nuestra revista— demuestra que no es imposible, en determinadas circunstancias, que la clase obrera, dirigida por su partido marxista-leninista, tome el Poder y asegure el triunfo del socialismo, sin romper su alianza con ciertos sectores burgueses.

Es muy probable que en España se den rasgos nuevos, originales, en la FORMA del tránsito de la democracia burguesa al socialismo.

« La cuestión de la actitud de la socialdemocracia o democracia obrera hacia la democracia burguesa —ha dicho Lenin— es una cuestión antigua y a la vez eternamente nueva... Sus principios teóricos han sido definidos desde las primeras obras de la literatura marxista, en el « Manifiesto Comunista » y en « El Capital ». Es eternamente nueva porque **CADA UNO DE LOS PASOS DEL DESARROLLO DE CADA PAIS CAPITALISTA PRODUCE UNA COMBINACION ORIGINAL, PARTICULAR, DE LOS DIFERENTES MATICES DE LA DEMOCRACIA BURGUESA Y DE LAS DIFERENTES CORRIENTES DEL MOVIMIENTO SOCIALISTA.** » (Artículo « Democracia obrera y democracia burguesa », publicado en « Vperiod », en enero de 1905.) (El subrayado es mío, J.D.)

Prever ahora de qué forma se presentará ese problema en España sería una especulación vana. Pero sí conviene recordar que el Partido Comunista se ha comprometido a acatar, en su actividad política futura, las decisiones soberanas del pueblo manifestadas con plenas garantías democráticas, a condición de que las otras fuerzas observen el mismo compromiso. De la medida pues en que esas fuerzas observen efectivamente tal compromiso depende —como lo hemos visto más arriba— el que la violencia sangrienta, la guerra civil, puedan ser excluidas de la política española. Los comunistas aspiramos a restablecer la democracia de un modo pacífico. Y a avanzar luego hacia el socialismo por

vías democráticas, agrupando en torno a la clase obrera, para alcanzar ese objetivo, a la gran mayoría de la población.

VI

EN diversas ocasiones, al hablar de la táctica, Lenin ha insistido en que el partido proletario debe utilizar —y agrega **OBLIGATORIAMENTE** en algunos de sus escritos— con solicitud, minucia, prudencia, habilidad, la **MENOR** GRIETA entre los enemigos, toda contradicción de intereses que se produce en el campo de la burguesía.

« Las divergencias entre los Churchill y los Lloyd George de una parte —tipos políticos que existen en **TODOS** los países, con particularidades nacionales ínfimas (1)— y entre los Henderson y los Lloyd George de otra, no tienen absolutamente ninguna importancia, son insignificantes desde el punto de vista del comunismo puro, esto es, abstracto, incapaz todavía de acción política práctica, de masas. Pero desde el punto de vista de esta acción práctica de las masas, estas divergencias son de una importancia extraordinaria. » (« La enfermedad infantil... »).

Para actuar de un modo revolucionario, el partido proletario debe estar atento a todas y cada una de las contradicciones que se producen en la sociedad que le rodea. Y tiene el deber de aprovechar todos los factores, dimanantes de esas contradicciones, que puedan ayudar a la clase obrera y a otras fuerzas progresivas a cubrir determinadas etapas de su marcha histórica hacia la democracia y el socialismo.

¿Cómo se presenta este problema en España? Hasta aquí hemos examinado principalmente la contradicción que existe entre la oligarquía financiera de un lado, y de otro la clase obrera, los campesinos, los sectores burgueses no monopolistas. Ahora bien, además de esa contradicción, ¿no se dan hoy en altas esferas de la sociedad española otras contradicciones que, durante una fase más o menos corta, pueden ser aprovechadas para facilitar el tránsito hacia la democracia? ¿No es posible la conclusión de ciertos compromisos, concretos, temporales, que puedan allanar el tránsito pacífico de la dictadura a la democracia? Nuestro Partido da una respuesta

(1) En aquella época, Churchill representaba a la extrema derecha conservadora; Lloyd George a la burguesía liberal; Henderson al partido laborista.

afirmativa a esas preguntas. Sí, hay otras contradicciones. Y nuestra política de reconciliación nacional las tiene en cuenta y tiende a aprovecharlas.

El capital monopolista no es una cosa homogénea. Todo lo contrario. Está lleno de contradicciones. Estas se ahondan además como consecuencia de las repercusiones en España de las contradicciones entre diversas potencias imperialistas. Pese al predominio logrado por EE.UU., hay fuertes conflictos en torno a los mercados españoles y a otras posiciones económicas de nuestro país. Hay otras contradicciones entre diversas ramas del capital monopolista, nacidas de que unas están más estrechamente ligadas que otras al capitalismo de Estado. Hay contradicciones entre elementos de la oligarquía que son principalmente grandes latifundistas, y otros cuyos principales intereses están en la industria o en la Banca.

En el terreno político, vemos hoy que grupos conservadores, reaccionarios, que han colaborado con el régimen, que no han roto sus ataduras con él, por ejemplo círculos del Alto Clero y del Ejército, etc., se desgajan de la camarilla. Ese ha sido uno de los significados de la última crisis gubernamental. Esos grupos se enfrentan hasta cierto punto con la camarilla. Y sobre todo, inician una actividad más o menos oposicionista, encaminada a preparar cambios políticos en España de signo derechista. Muchos de estos sectores piensan sobre todo en una restauración monárquica, en una nueva junta militar.

Está cobrando hoy en España singular relieve un fenómeno de gran alcance político: se está ahondando una cierta diferenciación, una cierta contradicción, entre el aparato estatal en sí, y las clases sociales que le han engendrado y sostenido.

Este problema fué analizado por Lenin en su polémica con los « otsovistas » en el período de la reacción stolyipniana, después de la derrota de la revolución de 1905. Lenin puso de relieve que la autocracia zarista, si bien significaba en general la dominación de los terratenientes feudales y de la gran burguesía, no representaba el poder de estas clases de un modo DIRECTO y PURO, sino que representaba en sí el poder ilimitado del zar. El error de los « otsovistas » consistía en no ver más que a las dos clases indicadas, pero en no ver al absolutismo; llegaban al absurdo de que para ellos desaparecía la lucha contra la autocracia zarista en sí. No se daban cuenta de que el absolutismo era el enemigo principal del pueblo en aquella etapa.

Son muy oportunos para nosotros hoy esos consejos de Lenin.

En España, asistimos a un proceso que conduce a diversos grupos del capital monopolista a no considerar ya al Estado franquista como el mejor sistema estatal para prolongar su dominación, para defender sus intereses.

En las condiciones presentes, la clase obrera española está interesada en ponerse de acuerdo, en establecer un compromiso, aunque sea pasajero, aunque sea implícito, con todos los grupos que coincidan en un punto concreto: alejar del Poder al general Franco, liquidar la política de guerra civil y represión, iniciar el restablecimiento de las libertades democráticas.

Teniendo en cuenta el desarrollo de la situación, el Partido Comunista ha introducido ciertas precisiones en la táctica definida en la Declaración de su Comité Central de junio de 1956. En esa Declaración, se decía: « **El Partido Comunista apoyará a cualquier gobierno que dé pasos efectivos hacia la realización de una política de mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo, de paz, independencia nacional y restablecimiento de las libertades democráticas.** »

En la Declaración del Buró Político del 9 de febrero de 1957, se plantea:

« **En el estado actual de la crisis, una de estas fórmulas de transición que podría encontrar apoyo y comprensión por parte de los más amplios sectores del país, incluido nuestro Partido, sería UN GOBIERNO COMPUESTO POR ELEMENTOS LIBERALES DE DIVERSO MATIZ QUE DIESE UNA AMPLIA Y EFECTIVA AMNISTIA POLITICA, INICIASE EL RESTABLECIMIENTO DE LAS LIBERTADES PUBLICAS SIN DISCRIMINACION, Y SE PREOCUPASE DEL MEJORAMIENTO EFECTIVO DE LAS CONDICIONES DE VIDA DEL PUEBLO.** »

Esta propuesta equivale a ofrecer un compromiso temporal incluso a fuerzas que social y políticamente están en los antípodas de la clase obrera, y a cien leguas de la democracia. La fórmula de un gobierno de transición de la burguesía liberal podría contar con el apoyo, de un lado de las fuerzas obreras y democráticas, de otro de fuerzas conservadoras, católicas, militares, etc. Desde el punto de vista de los comunistas, el carácter justo, revolucionario, de tal compromiso residiría principalmente en que su aplicación daría ciertas libertades a las masas trabajadoras y populares, permitiría a éstas ejercer una mayor influencia en la vida política, y abriría un cauce hacia la democracia. Tal compromiso (independientemente de la voluntad de muchos de los que pueden contraerlo) elevaría la conciencia de la clase obrera, acrecería su fuerza, su peso e influencia en la política nacional. Ese compromiso puede no revestir la forma de un pacto polí-

tico formal; puede ser el fruto de ciertos acuerdos mínimos, expresados incluso unilateralmente por las partes « contratantes ».

Al proponer que la burguesía liberal se haga cargo del gobierno en el período transitorio ¿renunciamos los comunistas a la hegemonía del proletariado en la revolución democrática? ¿Renunciamos a considerar al proletariado y a los campesinos como las fuerzas motrices en la revolución democrática? En modo alguno.

Un gobierno de fuerzas liberales de diverso matiz, como el que propone nuestro Partido, en las condiciones que seguirán a la caída de la dictadura, y con las vacilaciones derivadas de su propia naturaleza de clase, no podrá dejar de tener muy en cuenta la opinión y la voluntad de las masas. La presión del pueblo será muy fuerte. En la fuerza del pueblo, en su acción, reside la garantía principal de que el período de transición desemboque de verdad en un restablecimiento pleno de la democracia y de la soberanía popular.

Y es a través de la acción del pueblo, en el marco de esa acción, como se manifiesta y se ejerce cada vez de un modo más claro, el papel dirigente de la clase obrera y de su Partido.

En la actual coyuntura política, como siempre, los comunistas ponemos nuestra confianza en las masas obreras y populares.

Las masas son las que construirán —en cierto modo lo están construyendo ya— el mañana de España.

El Partido Comunista no puede por sí solo determinar concretamente qué curso van a seguir los acontecimientos. Eso escapa a sus posibilidades. Lo que sí puede es fijar la política que, dentro de las condiciones objetivas de cada momento, empuje hacia adelante el desarrollo democrático y progresivo de España. Tal es hoy la política de reconciliación nacional. Esta permite al Partido, consolidando sus vínculos con las masas, fundiéndose en cierto modo con ellas, desempeñar de un modo cada día más efectivo y real su papel dirigente y orientador.

10 de abril de 1957.

Los principios del internacionalismo proletario en las relaciones entre los países socialistas (1)

La cuestión de las relaciones entre Estados socialistas es un problema nuevo, de dimensión mundial, que ha surgido ante el leninismo recientemente, después de la segunda gran guerra. Ni Marx, ni Lenin alcanzaron a vivir el período en que la revolución socialista ha vencido ya en una serie de países de Europa y Asia, en que el socialismo se transformó en sistema mundial. De ahí que la elaboración de las formas de interrelación entre Estados socialistas recaiga sobre la actual generación de marxistas. Naturalmente, esto no significa que los partidos comunistas de los países socialistas hayan tenido que partir de cero en esta cuestión. Para resolverla disponían del rico bagaje de ideas legado por los clásicos del marxismo-leninismo, así como de cierta experiencia práctica anterior a la creación del sistema mundial socialista. Las tesis programáticas del partido marxista sobre la igualdad de derechos de todos los pueblos, sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación, incluido su derecho a la separación estatal, sobre los principios del internacionalismo proletario, comprobadas durante un siglo casi de experiencia del movimiento obrero internacional y en la práctica de la organización del Estado multinacional soviético, servían de sólido fundamento a la acción de los partidos comunistas de los países socialistas cuando éstos empezaron a establecer prácticamente las relaciones entre sus Estados.

Un problema tan nuevo y complejo como el de las relaciones económicas, políticas y culturales en el seno del sistema mundial de los países socialistas, dadas las grandes dimensiones de éste y la multiplicidad de naciones que abarca, exigía atención especial al análisis y generalización de la experiencia que fuera obteniéndose. A muchas de las cuestiones concretas que surgiesen en el proceso de cristalización de dichas relaciones sólo podía dar respuesta la práctica, que en éste como en todos los casos marcha mano a mano con la teoría. La experiencia de las relaciones entre los Estados socialistas adquiere gran significación internacional. Es un aspecto esencial en el conjunto de la experiencia de la construcción del socialismo, que tan

(1) Artículo publicado en la revista soviética « En ayuda a la autoeducación política ». — No. 1. — Enero de 1957.

poderosa atracción ejerce sobre los trabajadores de todo el mundo.

Al organizar las relaciones mutuas entre sus Estados los partidos comunistas de la Unión Soviética, de la República Popular China y de todos los países de Democracia Popular se apoyan en las tendencias objetivas características del desarrollo de las naciones en la época del socialismo. ¿Qué tendencias son éstas?

Por un lado: sobre la base de las viejas naciones burguesas surgen y se desarrollan nuevas naciones socialistas, se forman Estados nacionales socialistas, que aspiran legítimamente —en el marco de un contenido único de la construcción socialista, común para todos los países— a encontrar las vías de su desarrollo económico, político y cultural socialista más adecuadas a las peculiaridades concretas, históricas, de cada país.

Por otro lado: la tendencia histórica, universal, que se acentúa muy especialmente bajo el socialismo, hacia la unión de los sistemas económicos nacionales en un sistema económico socialista mundial, único; la tendencia a la aproximación de todas las naciones y pueblos, a la extinción gradual de las barreras estatales y de las diferencias nacionales, a la fusión de todos los pueblos en la futura sociedad comunista universal.

Ambas tendencias son procesos objetivos del sistema mundial socialista; se manifiestan siempre juntas e influyéndose recíprocamente, fijando la dirección general en que se desarrolla el sistema. En el período actual, cuando la mayoría de los países que construyen el socialismo hace poco que sacudieron el yugo capitalista, es más manifiesta la primera tendencia. Pero esto no quiere decir que la segunda tendencia no actúe también. Ya hoy cada país socialista se desarrolla no sólo como una magnitud económica y política propia, sino como parte integrante del sistema mundial socialista en el que rigen leyes objetivas comunes para todos sus componentes.

En el proceso del establecimiento de las relaciones entre los países socialistas los partidos comunistas y obreros tienen en cuenta permanentemente tanto la primera como la segunda tendencia. Parten de principios tales como la igualdad de derechos de todos los pueblos, el respeto recíproco de los intereses y de la soberanía, la no intervención en los asuntos interiores de cada uno. Al mismo tiempo, apoyándose en los principios del internacionalismo proletario, alientan la idea de la unión voluntaria, de la ayuda mutua y fraternal entre los países socialistas en su lucha común por la construcción feliz del socialismo y por la paz mundial.

Armonizando los intereses nacionales de sus países con los intereses internacionales de los trabajadores dentro del sistema mundial socialista, los partidos de la clase obrera han logrado serios éxitos en la tarea de establecer entre sus países estrechas relaciones económicas, recíprocamente beneficiosas, así como políticas, culturales, científicas y otras; en la tarea de fortalecer la amistad entre sus pueblos.

CADA PAIS SOCIALISTA ES UN ESTADO SOBERANO E INDEPENDIENTE

Lenin escribió que las diferencias nacionales y estatales entre los pueblos y los países « subsistirán incluso mucho tiempo después de la instauración universal de la dictadura del proletariado » (1). Lo que se explica porque la nación y la lengua nacional, así como la forma nacional de la cultura, figuran entre los fenómenos sociales que se distinguen por una estabilidad excepcional. Pero, además, existen causas económico-sociales más profundas, que explican la subsistencia de las diferencias nacionales bajo el socialismo. Pese a que las modernas fuerzas productivas adquirieron ya carácter social no sólo en los límites de cada país, sino en escala mundial, el desarrollo de dichas fuerzas exigirá durante largo tiempo aún conservar el marco nacional de la economía socialista. Por ejemplo, dado el actual nivel de las fuerzas productivas, muy diverso según el país, no es posible planificar todavía desde un centro único los procesos económicos que tienen lugar en los diferentes eslabones del sistema mundial socialista.

Cada país socialista se desarrolla como una economía nacional independiente, en la que cristalizan proporciones y relaciones propias, determinadas por el carácter de los recursos naturales y por la situación geográfica de dicho país, por las ramas económicas que históricamente se desarrollaron en él, por las peculiaridades de la experiencia productiva de su población, etc.

El socialismo no sólo no « suprime » la independencia nacional y la personalidad de cada país sino que, por el contrario, crea por primera vez las condiciones para su plena realización. Es conocido que la democracia burguesa hizo suya la exigencia de independencia nacional y soberanía, pero la solución burguesa del problema nacional se limitaba al reconocimiento formal, jurídico, de la soberanía política, no abordando lo principal: la independencia económica del país. Por esta razón bajo el capitalismo sucede a cada paso que, aunque un Estado se considere formalmente soberano, en la práctica su política es dictada por los círculos imperialistas de las grandes potencias que disponen de posiciones clave en la economía de dicho Estado « independiente ». Por ejemplo, la Polonia de preguerra era un Estado soberano, independiente. Sin embargo, su orientación política era impuesta en medida considerable por el hecho de que la parte del capital extranjero en muchas ramas de su industria llegaba a un 50-80 %.

El socialismo, al convertir los medios de producción esenciales en

(1) Lenin. « La enfermedad infantil del « izquierdismo » en el comunismo ». Obras escogidas. T. II. pág. 785. ed. española.

propiedad social, crea las premisas decisivas para la independencia real de cada país, para su soberanía efectiva. Cada nación conquista así la posibilidad de disponer del fundamento de los fundamentos de su existencia: su economía. Puede con ello encaminar su desarrollo en correspondencia con las exigencias nacionales. Más aún, el socialismo no sólo garantiza una independencia y soberanía efectivas, sino que las necesita en calidad de condición imprescindible para que el progreso socialista de cada país se lleve a cabo con éxito. Sólo la nación misma, y nadie más que ella, puede conocer bien sus necesidades y posibilidades, puede determinar acertadamente las líneas fundamentales de su desarrollo económico. Sólo entonces, cuando el pueblo mismo, libremente, se traza sus tareas económico-políticas, es posible la participación activa y consciente de las masas en la realización de dichas tareas y su disposición a soportar dificultades y sacrificios transitorios en aras de tal empresa.

Cualquier intervención exterior, aunque esté dictada por las mejores intenciones, puede resultar no sólo inoportuna sino susceptible de ocasionar un perjuicio directo a la causa de la construcción del socialismo en el país de que se trate. He aquí por qué los países socialistas proclaman como uno de los principios básicos en las relaciones entre ellos el principio de la no intervención en los asuntos interiores de los demás.

La necesidad de la estricta observación de este principio se deriva también directamente del hecho de que el desarrollo del socialismo en cada país tiene su originalidad.

Para mejor entender este problema de lo peculiar en el desarrollo del socialismo según el país, es necesario partir de la doctrina marxista-leninista sobre las formaciones social-económicas.

Como es sabido la humanidad, en su desarrollo histórico, pasa por determinadas fases llamadas formaciones social-económicas, cada una de las cuales se caracteriza por determinados rasgos y leyes objetivas, que se manifiestan en cualquier país tan pronto entra en dicha formación. En países distintos, en virtud de la diferencias en sus condiciones económicas, políticas y culturales, estos rasgos y leyes objetivas se manifiestan en formas diversas, cambian de aspecto parcialmente, pero siguen siendo las mismas en esencia para todos los países, puesto que son rasgos y leyes objetivas propias no de este o el otro país, sino de la formación social-económica en su conjunto.

El socialismo es la primera fase de la formación social-económica comunista, a la que inevitablemente llegarán todos los pueblos y países. A esta formación le son inherentes ciertos rasgos de estructura y ciertas leyes objetivas que ineluctablemente se repetirán en todos los países una vez que hayan entrado en el camino del socialismo. Pero en cada uno se manifestarán bajo una forma especial, característica únicamente para dicho país. Por ejemplo, la propiedad social de los medios de producción esenciales constituye el rasgo fundamental de

la sociedad socialista, y, por tanto, en cualquier país que pase al socialismo deberá establecerse la propiedad social de los medios de producción esenciales como base inmutable de la nueva sociedad. Sin esto no hay socialismo, a pesar de que los teóricos laboristas y otros afirmen que bajo el socialismo coexistirán pacíficamente la propiedad social y la propiedad privada empresarial. Mas, ¿de qué modo y bajo qué formas se establecerá en cada país la propiedad social y, dentro del país, en las diferentes ramas de la economía nacional? Aquí es posible una gran diversidad. Lo demuestra la experiencia de la Unión Soviética, de la República Popular china, de todos los países de Democracia Popular. En la U.R.S.S., la nacionalización de las empresas industriales, de los Bancos, de la tierra, de las riquezas naturales, se llevó a cabo mediante la confiscación de la propiedad de los capitalistas y terratenientes; en los países europeos de Democracia Popular la nacionalización se llevó a cabo en dos etapas; en China, la transformación de la propiedad capitalista en socialista se está realizando de forma pacífica, gradual. Tales son diferentes modos, conocidos ya por la historia, de socialización de los medios de producción esenciales. Análoga diversidad se observa en los modos y formas de socialización de las pequeñas economías campesinas si comparamos la U.R.S.S., China y los países europeos de Democracia Popular. Es indudable que el futuro aportará aún mayor diversidad de formas y de ritmos en la transformación de la propiedad privada de los medios de producción en propiedad social.

El conjunto de las formas y modos mediante los que en cada país se realizan las transformaciones socialistas, las mismas en esencia para todos, constituye la originalidad en el desarrollo socialista de dicho país, caracteriza el camino particular de dicho desarrollo. Pero esto no quiere decir que en cada país se establece un cierto socialismo particular, especial, diferente en esencia del socialismo de los otros países. No hay un socialismo « yugoeslavo », « polaco » o « húngaro ». Hay un único socialismo, el socialismo científico de Marx y Lenin, que han elaborado los principios constitutivos de la nueva sociedad, sobre la base del estudio profundo de las leyes del desarrollo social; principios que son unos y los mismos para todos los pueblos y países que emprendan su desarrollo socialista, aunque en cada caso se reflejen de manera diversa, cambien parcialmente de aspecto, se expresen en formas distintas.

Por lo tanto, al resolver la cuestión de las vías del desarrollo del socialismo los marxistas-leninistas luchan tanto contra el olvido de la unidad de contenido de la construcción socialista en todos los países, como contra la subestimación de la diversidad de formas y modos de dicha construcción en cada país.

Es evidente que la rigurosa observación del principio de no intervención en los asuntos de los demás, el mutuo respeto de la soberanía, es una condición imprescindible para que el desarrollo del socia-

lismo en cada país discorra en las formas efectivamente propias que correspondan a las peculiaridades nacionales y a las tradiciones de los pueblos. La gran fuerza vital del socialismo consiste precisamente en que en cada país se desarrolla en formas entrañables y comprensibles para el pueblo, orgánicamente vinculadas a toda la estructura de su vida nacional. El socialismo crea las condiciones para la creación histórica independiente de las grandes masas trabajadoras, que viven en estas o las otras circunstancias concretas de la historia y son portadoras de determinadas tradiciones y costumbres. Todo ello imprime su sello imborrable en el proceso de la construcción del socialismo en diversos países, creando esa riqueza de formas de la vida socialista que es típica de nuestra época. De lo dicho no se desprende que cada país socialista puede encerrarse en sus formas nacionales y desinteresarse de las formas y modos con que se resuelven los problemas del socialismo en otros países. Todo lo contrario, una de las peculiaridades más importantes de las interrelaciones entre los países socialistas es el estudio y el intercambio de la experiencia acumulada.

La posibilidad y la necesidad de la utilización de la experiencia de los demás se deriva directamente de que las leyes generales objetivas que rigen el desarrollo del socialismo son, como ya hemos visto, comunes a todos los países. Precisamente porque todos se encuentran ante la necesidad de resolver, en esencia, los mismos problemas, están interesados en el amplio intercambio de experiencias y en el estudio de éstas. Cada país socialista —grande o pequeño— acumula su propia, peculiar experiencia. En esto, como en otros muchos aspectos, todos los países son iguales, cada uno es capaz de realizar su aportación a la teoría y la práctica del socialismo. Tal país posee una valiosa experiencia de la resolución de determinados problemas de la construcción socialista, tal otro la posee en relación con otros problemas y todos en conjunto enriquecen la teoría y la práctica socialista que constituyen una conquista común. Todo país puede utilizar aquello positivo que acumularon los demás y evitar sus errores e insuficiencias. Es evidente que esto acelera el desarrollo de cada país. Su régimen socialista se perfeccionará constantemente mediante la experiencia extraída de los demás.

Claro está que el intercambio de experiencia no tiene nada que ver con la transposición mecánica de la experiencia de unos países a otros, y menos aún con la imposición de la vía de desarrollo de un país a los demás. Incluso la experiencia más valiosa trasladada mecánicamente, sin consideración de las condiciones y peculiaridades nacionales, puede ocasionar daño en lugar de beneficio. Así sucedió, por ejemplo, con los antiguos dirigentes del Partido de los Trabajadores húngaros que copiaron mecánicamente a la U.R.S.S., incluso en banalidades, perjudicando seriamente a la construcción del socialismo en Hungría.

Al estudiar la experiencia soviética debe observarse rigurosamente el principio de su aplicación creadora y no mecánica, considerando atentamente las particularidades nacionales. Conciérne esto, en primer lugar, a aquellos rasgos de la experiencia soviética característicos de un país socialista rodeado de todas partes por los países capitalistas enemigos, caso único en el mundo.

La experiencia de la Unión Soviética tiene una inmensa significación para todos los países que construyan el socialismo. En primer lugar, porque durante cuarenta años la Unión Soviética marchó delante por el camino socialista, proporcionando a todos modelos comprobados para la resolución de numerosos problemas de la organización de la sociedad socialista sin clases. En segundo lugar, porque el curso del desarrollo histórico ha sido tal que después de la U.R.S.S. entraron en el camino del socialismo una serie de países que ofrecen muchos rasgos comunes con la Unión Soviética, según era esta en el pasado (atraso económico, existencia de numerosas supervivencias de las formaciones precapitalistas, etc.). Es evidente que para estos países el estudio de la experiencia soviética reviste una importancia especial.

El periódico comunista chino « Jenminjihpao » ha vuelto sobre esta cuestión con toda fuerza. En su artículo « Una vez más sobre la experiencia histórica de la dictadura del proletariado » (escrito como resultado de la discusión de este problema en una sesión ampliada del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de China) escribía: « ... toda la experiencia de la Unión Soviética, incluida la experiencia de algunos errores y fallos, merece que la estudiemos atentamente, bien entendido que la experiencia fundamental de los éxitos de la Unión Soviética es de singular importancia. Los hechos del desarrollo de la Unión Soviética testimonian que la experiencia fundamental de la revolución y de la edificación en la Unión Soviética es un gran éxito, el primer himno victorioso del marxismo-leninismo en la historia de la humanidad que ha resonado en todo el universo ».

Un brillante ejemplo de utilización creadora de la experiencia de otros países ofrece la República Popular china. Por ejemplo, la actividad de los comunistas chinos para la transformación de la industria capitalista en socialista pone de relieve que estudiaron atentamente las ideas de Lenin relativas a la utilización de formas del capitalismo de Estado en la construcción de la economía socialista así como la experiencia, aunque pequeña, que tenía la Unión Soviética en este aspecto. Estudiando la experiencia soviética, el Partido Comunista chino aportó su propia y magnífica contribución a la solución del problema que entraña la utilización de las formas del capitalismo de Estado en la transformación de la atrasada economía del país en economía avanzada, socialista.

EL INTERNACIONALISMO PROLETARIO COMO FUNDAMENTO INMUTABLE DE LAS RELACIONES ENTRE LOS PAISES SOCIALISTAS

El reconocimiento de la independencia y la soberanía es uno de los aspectos esenciales de las relaciones entre los Estados socialistas. Esto es incuestionable. Pero con ello no se agota, evidentemente, la esencia de dichas relaciones. Por ejemplo, los Estados socialistas son partidarios convencidos y sinceros de los conocidos cinco principios de coexistencia proclamados por la República Popular china y por la República india. Pero en las relaciones entre sí los países del Socialismo van más allá que estos cinco principios, que tienen un carácter democrático general y, dicho sea de paso, serían aceptables para los países capitalistas con sólo que éstos se atuvieran a las normas democrático-burguesas. Lo nuevo y especial que distingue a las relaciones de los países socialistas entre sí es la unión voluntaria de los esfuerzos de sus pueblos para la lucha común por la construcción del socialismo, por la paz mundial; es la recíproca atracción y cohesión, la estrecha colaboración en todas las esferas de la vida social, la ayuda fraternal de unos a otros. Este es un tipo de relaciones entre pueblos y Estados nuevo en la historia, típico sólo para la época del socialismo.

El que las relaciones internacionales sean de uno u otro tipo está determinado, como es sabido, por la naturaleza del régimen social económico. Las relaciones entre Estados socialistas no pueden por menos de revestir el mismo carácter que tienen las relaciones entre los hombres en el seno de dichos Estados, es decir el carácter de camaradería, colaboración y mutua ayuda que caracterizan a las relaciones de producción del socialismo. Los Estados en que el Poder pertenece a los trabajadores se distinguen en que además de sus intereses nacionales, tienen intereses y objetivos comunes que no son otra cosa sino la manifestación de los intereses y objetivos de clase, esenciales, de los trabajadores de dichos países. El marxismo-leninismo es su expresión científica.

Por lo tanto, la unidad de ideología, de objetivos políticos y económicos, es el factor fundamental que acerca a los países socialistas. Conscientes de la comunidad de sus intereses y objetivos finales los mismos pueblos de los países socialistas aspiran voluntariamente al establecimiento de los vínculos y la colaboración más íntimos. Las formas de estos vínculos, de esa colaboración, o, dicho de otra manera, las formas de expresión del internacionalismo proletario entre los trabajadores de los países socialistas son distintas de las de los trabajadores de los países capitalistas. Esta diferencia está en función de que el internacionalismo proletario de los trabajadores de los países socialistas encuentra su expresión en las relaciones entre los Estados dirigidos por ellos. No es posible imaginarse un Estado socialista que

adoptara, por ejemplo, una posición de neutralidad en las relaciones con otros Estados socialistas. Todo lo contrario. Lo típico de dichos Estados es la aspiración a la unidad de posiciones y acciones políticas, a la lucha conjunta por los ideales comunes.

He aquí por qué los vínculos entre los Estados socialistas se distinguen por una solidez excepcional, sin precedentes en los Estados capitalistas. Las relaciones entre países socialistas, al no basarse en la imposición ni en la subordinación, sino en la buena voluntad, en la atracción recíproca, en la amistad de los pueblos, son las relaciones internacionales más sólidas del mundo. Todo el campo del socialismo representa una especie de fuerza monolítica, que se contrapone al campo imperialista como un todo único. No se trata de una coalición ordinaria de Estados, enlazados transitoriamente por intereses coincidentes. Se trata de una sólida unión política y económica, en cuya base se encuentran intereses cardinales, duraderos, de sus participantes.

Los trabajadores de los países socialistas comprenden que pueden alcanzar más rápida y fácilmente sus objetivos finales —construcción del socialismo y del comunismo— actuando conjuntamente, prestándose fraternalmente ayuda mutua de todo género. En sus vinculaciones con todo el campo socialista cada país encuentra un manantial inagotable de fuerzas para desarrollar su economía nacional, mejorar el bienestar del pueblo y elevar la cultura nacional. En la arena del capitalismo mundial, donde actúan Estados competidores, es casi imposible encontrar casos de mutua ayuda libres de todo cálculo u obligación de carácter político o militar. Una ayuda mutua sincera, libre de toda consideración egoísta solamente se encuentra en las relaciones entre los pueblos hermanos de los países socialistas.

La íntima colaboración de los países socialistas, la cohesión de sus fuerzas, están dictadas también por la actual situación internacional. Como enseñan los acontecimientos de Hungría, los círculos imperialistas no abandonan las esperanzas de restaurar el capitalismo en los países liberados. El peligro de una agresión del imperialismo en modo alguno desaparece del orden del día. Y este peligro común cohesionará aún más estrechamente a los países socialistas en un todo único. La existencia del poderoso campo del socialismo garantiza la soberanía y seguridad de cada uno de los países que lo integran, garantiza las conquistas de su revolución popular. Actuando como un frente unido y cohesionado en la arena mundial los países socialistas multiplican la efectividad de su política exterior, que aspira a la conservación y consolidación de la paz general, a la coexistencia pacífica y la competición económica con el capitalismo.

La comunidad de intereses en lo cardinal, en lo esencial, permite a los países socialistas resolver los más difíciles problemas de sus relaciones mutuas, legados por el pasado. Los trabajadores de estos países ponen por encima de todo sus intereses socialistas comunes.

Lo que no significa que los intereses nacionales sufran el menor perjuicio. Por el contrario, la verdadera salvaguarda de los intereses nacionales sólo es posible por el camino de la unidad y la colaboración de todos los Estados socialistas. Por ejemplo, la Polonia popular puede ver realizadas sus seculares aspiraciones nacionales, ante todo su seguridad frente a una nueva agresión del imperialismo alemán, únicamente en el marco de la alianza con la U.R.S.S. y con los demás Estados socialistas.

Esto no significa que en las relaciones entre Estados socialistas no surjan nuevos problemas que exijan atento estudio y correcta solución. Dichas relaciones, como todo en el mundo, se desarrollan, se perfeccionan. Sus formas y métodos, que ayer todavía satisfacían plenamente a los interesados, con el transcurrir del tiempo dejan de corresponder a las nuevas exigencias de los Estados socialistas, comienzan a convertirse en un freno del proceso normal de aproximación y colaboración de los pueblos. También son posibles errores, teniendo en cuenta lo difícil que es no cometerlos en asunto tan complejo como el establecimiento de relaciones de un tipo completamente nuevo entre países que han recorrido itinerarios históricos distintos, que se encuentran en niveles diferentes de desarrollo económico, como sucede con la U.R.S.S., los países europeos de Democracia Popular y las repúblicas democrático-populares de Asia. Cuando salen a la luz errores o anomalías en esa materia, quiere decirse que algunas formas de las relaciones entre dichos países, que en su momento parecían, o eran efectivamente, correctas, son rectificadas e incluso condenadas por la práctica, por la vida.

Lo esencial no consiste en evitar todo error. Lo esencial reside en que a pesar de los errores se mantengan incólumes los grandes principios de la igualdad de derechos y la colaboración de los pueblos, que constituyen el fundamento de las relaciones entre los países del socialismo. La fidelidad a estos principios garantiza a los países socialistas nuevos éxitos, tanto en el fortalecimiento del poderío de todo el campo socialista en conjunto, como en el desarrollo económico, político y cultural de cada país en particular. Sobre los partidos comunistas y obreros de esos países recae la obligación de velar con tenacidad por la observación consecuente de esos principios, advertir a tiempo cualquier desacuerdo de las antiguas formas de relación con las nuevas condiciones y reajustar las primeras de tal manera que correspondan al nuevo nivel alcanzado por el sistema mundial socialista. Este sistema, que entraña la inexistencia de la explotación de unas naciones por otras, de la división de las naciones en privilegiadas y no privilegiadas, crea todas las condiciones objetivas para que los errores y malentendidos que surjan en las relaciones entre los países socialistas puedan ser corregidos a tiempo, mediante el libre acuerdo de los pueblos, sin que lleguen al conflicto ni al choque.

La experiencia creada por la existencia del sistema mundial socia-

lista ha puesto de relieve la dirección general en que evolucionan las formas de interrelación de los Estados socialistas. El ejemplo más gráfico lo ofrece el desarrollo de sus vínculos económicos en los años transcurridos.

La forma principal de esas relaciones económicas en la actual etapa es el comercio exterior. Desempeñó un papel especialmente importante en los primeros años de la postguerra, cuando los países de Democracia Popular sufrían una aguda necesidad de materias primas para sus fábricas inmovilizadas y de alimentos para la población. Más adelante cambió el carácter de los envíos de la Unión Soviética a esos países. Comenzó a proporcionarles principalmente equipo industrial, contribuyendo así a su industrialización.

El desarrollo de las relaciones comerciales entre los países socialistas llevó a la formación del mercado mundial socialista, radicalmente distinto del mercado mundial capitalista. En aquél no es posible la explotación, el pillaje de unos países por otros mediante los intercambios discriminatorios y la carrera a los máximos beneficios, como es característico en el mercado mundial capitalista. En el mercado mundial socialista tampoco tiene lugar la transvasación incontrolada de mercancías y capitales, ni la anarquía de precios que desorganizan las economías nacionales. El carácter de los pedidos, el precio de los artículos, se planifica previamente mediante mutuo acuerdo.

Junto con el comercio exterior se desarrollan gradualmente otras formas de relación económica entre los países socialistas: la colaboración productiva directa (construcción conjunta de estaciones hidroeléctricas, de líneas eléctricas, de conducciones de gas, etc.), el intercambio de experiencia científica y técnica, y otras formas. En los últimos tiempos se inició una nueva etapa en las relaciones entre los países socialistas caracterizada por una forma más elevada de colaboración económica como es la coordinación voluntaria de los planes nacionales económicos sobre la base de la especialización y la cooperación.

La especialización permite a cada país concentrarse en determinadas ramas de la producción para las que cuenta con condiciones particularmente ventajosas y de esta manera puede acelerar considerablemente el ritmo de desarrollo de dichas ramas y, en definitiva, de toda la economía nacional. La especialización crea también mayores posibilidades para la mecanización de la producción, para la obtención de una alta productividad del trabajo. O dicho con otras palabras, la especialización, con la consiguiente cooperación, significa conseguir el máximo aprovechamiento de las ventajas que entraña la división internacional del trabajo.

Los vínculos entre los países, su mutua dependencia, irán aumentando sin duda alguna. ¿Va esto en detrimento de la independencia económica de cada país? En absoluto. En primer lugar, porque la división internacional del trabajo en escala del sistema mundial socialista va estableciéndose de forma voluntaria, sobre la base de la igualdad y

el acuerdo mutuo, y no mediante la imposición como sucede en el mercado capitalista en el que las grandes potencias convierten a otros países, principalmente a los poco desarrollados, en simples apéndices de sus monopolios. En segundo lugar, la especialización y la cooperación son extraordinariamente beneficiosas a los países socialistas porque les permite utilizar de forma más racional sus recursos, lo que facilita el desarrollo de la economía y la cultura nacionales. Especialmente ventajoso resulta esto para los países atrasados, que reciben así la posibilidad de elevar radicalmente, en breve plazo, su producción, utilizando la última palabra de la técnica gracias a la cooperación con los países socialistas más avanzados. En tercer lugar, si se considera la cuestión desde el ángulo de la capacidad defensiva de cada país, la especialización no la pone en peligro de ningún modo, puesto que se realiza en el marco de la plena consolidación política de todo el campo socialista, de la solidaridad y el apoyo mutuo entre sus componentes. Por eso los países socialistas pueden ir lejos en el camino de la especialización.

Por lo tanto el desarrollo de las relaciones económicas en el seno del sistema mundial socialista pone de relieve distintamente la tendencia a una cohesión cada vez mayor de los países socialistas, al fortalecimiento de los vínculos recíprocos. El sistema mundial socialista se consolida sin cesar como un gran todo económico, en el que comienzan a regir leyes objetivas propias. Conservando su sistema económico nacional, independiente, cada país socialista se desarrolla al mismo tiempo, en esas condiciones, como parte integrante de un único sistema económico universal socialista. Así se manifiestan las tendencias objetivas de las modernas fuerzas productivas que adquieren un carácter cada vez más social.

El socialismo aproxima a los pueblos en grado sin precedentes. Desde que existe el sistema mundial socialista las relaciones culturales entre la Unión Soviética y los países de Democracia Popular se han desarrollado considerablemente. Los pueblos se conocen mejor, aprecian mejor la cultura de los otros y las conquistas culturales de cada país se convierten en patrimonio común. Se propagan otras formas de intercambio como son las visitas recíprocas, la correspondencia, etc.

La fuerte y cohesionada familia de los pueblos hermanos socialistas avanza segura de sí por la senda del socialismo y del comunismo, venciendo todas las dificultades que surgen en su camino.

FORTALECER LA UNIDAD INQUEBRANTABLE DE LOS ESTADOS SOCIALISTAS

En los últimos tiempos se han intensificado los intentos de la reacción imperialista tratando de introducir la discordia en la familia de los Estados socialistas, de separarles unos de otros. Recurriendo a

hipócritas promesas, a ofrecimientos de « ayuda » económica y otras maniobras, los imperialistas procuran que piquen en el anzuelo las capas inestables de la población en los países de Democracia Popular. Utilizando la radio, la prensa, la introducción de hojas y folletos por medio de globos, etc., se alimenta una intensa campaña propagandística contra los Estados socialistas. La reacción internacional cifra sobre todo sus esperanzas en la contrarrevolución clandestina que existe en esos países. Uno de los recursos más empleados por las fuerzas reaccionarias para servir sus fines es la deformación de algunas de las tesis formuladas por el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, particularmente la tesis sobre las peculiaridades del desarrollo del socialismo en diferentes países. Los ideólogos de la reacción internacional, así como sus agentes en el movimiento obrero, intentan interpretar esas conclusiones del XX Congreso, basadas en el análisis marxista-leninista de la actual evolución internacional, de tal manera que sirvan para enfrentar a unos países socialistas con otros.

Los acontecimientos de Hungría han puesto de relieve que los círculos imperialistas acariciaban propósitos de largo alcance en relación con los países socialistas, consistentes en introducir la discordia en la comunidad de los países socialistas y, uno a uno, irlos desgajando del campo socialista. Contra la Hungría democrático-popular fué organizado un complot cuyos inspiradores eran los círculos agresivos del imperialismo americano, apoyándose en la contrarrevolución clandestina dentro de Hungría, que era bastante importante.

Los acontecimientos de Hungría enseñan que ningún patriota de un país socialista, al resolver este o el otro problema de la vida interior de su país, tiene derecho a hacer abstracción un solo minuto de la existencia de fuerzas imperialistas enemigas, que acechan la primera oportunidad favorable para derrocar el régimen político y social en los países socialistas. La oposición a la antigua dirección húngara, que expresaba al principio el justo descontento del pueblo y en cuyo seno (de la oposición) había no pocas personas honestas, olvidó que los países socialistas resuelven sus problemas internos en medio de una complicada situación internacional, en la que existen y actúan las fuerzas imperialistas que disponen de armas modernas y de una gran base productiva, y que aspiran a desencadenar una nueva guerra mundial utilizando para esto el más pequeño pretexto.

La ayuda fraternal que las fuerzas armadas soviéticas han proporcionado a las fuerzas socialistas de Hungría para aplastar a la contrarrevolución representa el cumplimiento por la Unión Soviética de su alto deber internacional, es la clara expresión de la solidaridad proletaria entre los trabajadores de los países socialistas. Los verdaderos patriotas húngaros comprenden que las fuerzas soviéticas llegaron a su país no como conquistadoras, sino como amigas; destruyendo los planes de la reacción internacional para transformar Hungría en

un nuevo foco de guerra y de fascismo, actuaron en favor de los intereses nacionales del mismo pueblo húngaro, en interés de la clase obrera y de los campesinos trabajadores húngaros.

Los acontecimientos de los últimos meses obligan a los trabajadores de todos los países socialistas a acentuar su vigilancia, a unirse aun más estrechamente. La unidad de los países socialistas es la garantía de sus futuros éxitos, de su independencia y seguridad.

Premisa fundamental del reforzamiento de la unidad de los Estados socialistas es la fidelidad de los partidos comunistas y obreros, de todos los trabajadores del campo socialista a las grandes enseñanzas del marxismo-leninismo. En los últimos tiempos se han acentuado los ataques al leninismo, tanto por parte de sus enemigos abiertos como por parte de elementos oportunistas dentro del movimiento comunista internacional. Los oportunistas intentan revisar los incommovibles principios de la doctrina marxista-leninista concernientes a la necesidad de la dictadura del proletariado, a la coincidencia en lo fundamental, en lo esencial, de las vías de desarrollo del socialismo en diferentes países, a la necesidad de fortalecer el internacionalismo proletario en las filas de los partidos comunistas. El deber de todos los marxistas-leninistas es cortar en seco los intentos revisionistas, cuidar de la pureza de su teoría, prestar atención a su continuo desarrollo creador, en concordancia con las actuales condiciones del movimiento obrero.

En algunos países de Democracia Popular, como por ejemplo en Hungría y en Polonia, los elementos contrarrevolucionarios, nacionalistas, intentan hinchar los errores cometidos en las relaciones entre la Unión Soviética y dichos países en el período del culto a la personalidad de Stalin, para sembrar la desconfianza hacia la U.R.S.S., para enfrentarlos con ella. Tratan de borrar de la memoria del pueblo todo lo que la Unión Soviética hizo para liberar esos países del yugo fascista, para restablecer su economía nacional, para ayudar a la población en los penosos años de malas cosechas y otras calamidades. Pero los partidos obreros revolucionarios, la parte consciente de los trabajadores, rechazan enérgicamente los intentos enemigos de separar a los países de Democracia Popular de la Unión Soviética. En el mismo artículo antes mencionado de « Jenminjihpao », se dice: « La Unión Soviética viene siendo invariablemente, desde hace 39 años, el centro del movimiento comunista internacional por ser el primer país del socialismo victorioso y, después de haber nacido el campo socialista, por ser el país más poderoso de éste, el que posee la experiencia más valiosa y por estar en condiciones de prestar la ayuda más decisiva a los pueblos, tanto de los países socialistas como del mundo capitalista. Este papel de la Unión Soviética ha cristalizado de modo natural, en virtud de condiciones históricas y no por ninguna circunstancia artificialmente creada por nadie ».

Con vistas al constante fortalecimiento de la unidad de los Estados

socialistas es muy importante que sean rigurosamente observados, en sus relaciones mutuas, los principios leninistas de la igualdad de derechos de los pueblos, soberanía e independencia, no intervención en los asuntos internos de cada uno. Así se subraya con especial vigor en la Declaración del gobierno soviético del 30 de octubre de 1956 concerniente a las bases del desarrollo y fortalecimiento ulterior de la amistad y colaboración entre la Unión Soviética y otros Estados socialistas: « Estando unidos por ideales comunes como la construcción de la sociedad socialista y los principios del internacionalismo proletario, los países de la gran comunidad socialista de naciones pueden fundar sus relaciones mutuas únicamente en los principios de la plena igualdad de derechos, del respeto a la integridad territorial, de la independencia y soberanía estatales, de la no intervención en los asuntos internos de cada uno ».

Los enemigos piensan que cuando los Estados socialistas hablan sobre su independencia y soberanía es que comienza la disolución del campo socialista. ¡Precisamente es todo lo contrario! La dialéctica de las interrelaciones de los Estados socialistas es de tal naturaleza que mientras más rigurosamente observen entre ellos los principios de igualdad, soberanía, no intervención, tanto más sólida es la amistad y la confianza mutua, tanto más poderosa es la fuerza de atracción recíproca.

El leninismo enseña que todos los pueblos son iguales en derechos, sean grandes o pequeños. No hay pueblos privilegiados, de la misma manera que no hay pueblos relegados. Cualquier manifestación de chovinismo de gran potencia o de nacionalismo local en las relaciones mutuas de los Estados socialistas causa graves daños a la causa del socialismo. Conviene tener en cuenta, por otra parte, que los prejuicios y supervivencias nacionalistas no se corrigen con denuestos, ni con métodos de violencia o imposición; por el contrario, tales métodos sólo sirven para reforzar las posiciones de los nacionalistas. Aquí juega un gran papel, junto con las aclaraciones pacíficas y con la crítica de las confusiones nacionalistas, la rigurosa aplicación en todas las esferas de las interrelaciones de los países socialistas de los principios leninistas del internacionalismo proletario. En la atmósfera de la colaboración fraternal, de la constante disposición a ayudarse mutuamente, de la igualdad de derechos y el recíproco respeto de los intereses, costumbres, tradiciones, se extinguirán rápidamente los focos de animosidad nacionalista, de viejos rencores; desaparecerán las pasadas prevenciones.

El internacionalismo proletario ha sido y sigue siendo la base inmutable en las relaciones recíprocas de los pueblos de los países socialistas, la condición decisiva de sus éxitos en la obra de edificación económica, política y cultural.

MINISTERIO
DE CULTURA

